

# QUINTO

— sociología —  
ciencia — literatura



## Sumario

Palante: El socialismo. — Kropotkin a Huxley. — Carol Vilasetru: El sentimiento democrático español. — F. Alaiz: Maritain. — A. Hernández Muñoz: Proyección al futuro: dilema humano (ensayo). — M.: Panorama internacional. — Campio Carpio: Trabajadores del espíritu. — Plaja: Labor a realizar. — M. Celma: Victor Hugo y los exilados españoles. — Bayol: La Hipoteca. — Armand: ¿En dónde estamos? — Alberto Carsi: La fórmula de la ley moral. — Pablo R. Troise: Gorgo... o la senda vacía. — Preguntas y respuestas. — Microcultura. — Santiago Valenti Camp: Hellen Key o la libertad de amar (folletón encuadernable)

# 105

SEPTIEMBRE · 1959

REVISTA MENSUAL

PRECIO 100 FR.



Ayuntamiento de Madrid

## NUESTRA PORTADA

---

Las naciones suelen tener mensajeros que, al mismo tiempo que sonríen, esconden el sable por debajo de la capa. Pero tienen además el mensaje que augustamente emiten las personas de paz y de trabajo, como lo demuestra, sin necesidad de explicación alguna, la imagen de esta hermosa muchacha de China.

En un momento en el que la China oficial parece aprestarse en la India a jugar con fuego; en un instante en el que, contrariamente a lo que prometían, los gobernantes chinos quieren hacer de matamoros, esta chinita nos recuerda a través de CENIT que los pueblos tienen algo más que gente de espada y espuelas. China no solamente tiene soldados. Tiene también esta jovencita, y, con ella, millones de jovencitas que piden paz.

### PAZ PARA MEDITAR Y PARA PONER EN ACCION SU MEDITACION.

La mirada de esta muchacha se pierde en lontananza. Es decir, no mira. Sus ojos no quieren pararse en la línea, en la forma, en la materia, de miedo a que todo ello no resulte una barrera que impida ver la esencia, el espíritu, el alma de las mismas cosas. Busca. Y su mano, levemente elevada, a igual distancia del corazón que del cerebro, se apresta a plasmar todo lo que éste puede interpretar y todo lo que aquél es capaz de sentir.

¡Puedan los generales chinos seguir el ejemplo de esta mujercita del pueblo!

¡Puedan los demás hombres guerreros del mundo romper lanzas y hacer como esta chinita, que, cual mensajera de todos los pueblos laboriosos del mundo, piensa y trabaja, exigiendo con ello sagrado respeto!

# CENIT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

# CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año IX

Toulouse, Septiembre 1959

Nº 105

## EL SOCIALISMO

**E**N sentido general, la palabra **socialismo** designa toda doctrina social que subordina el individuo a la colectividad. Tal es el sentido del socialismo platónico. En un sentido más exacto y más moderno, el socialismo es una doctrina que, por una reforma económica del régimen de la propiedad, pretende asegurar al individuo una mayor independencia material y moral.

El individualismo es una doctrina que, en lugar de subordinar el individuo a la colectividad, sienta como principio que el individuo tiene su fin en sí mismo; que en hecho y en derecho posee un valor propio y una existencia autónoma, y que el ideal social es la más completa emancipación del individualismo así comprendido es la misma cosa que lo que se llama también la filosofía social libertaria.

En un sentido más limitado, se entiende por individualismo la teoría económica del *Laissez faire* (escuela de Manchester). Cuando hablamos aquí del individualismo, se trata del individualismo entendido como filosofía libertaria.

¿Cuáles son las relaciones del socialismo y del individualismo?

Hay muchos puntos de contacto entre el socialismo y el individualismo. El socialismo se inspira en una amplia medida en el individualismo, y sobre muchos puntos se esfuerza por darle satisfacción. Se propone la emancipación económica del individuo y quiere arrancarle de las ataduras del capitalismo. Mucho más, quiere destruir no solamente el capitalismo como régimen económico, sino las instituciones y fundaciones sociales que son consecuencia de ese régimen: el derecho capitalista y burgués que nos rige, la moral propietaria y burguesa constituida por un interés de clase y opresiva del individuo. Un sociólogo ale-

mán, Ziegler, ha dicho a propósito de esto: «Sin el liberalismo el socialismo es absolutamente inconcebible: el socialismo es esencialmente liberal; se inspira en las ideas de manumisión y de emancipación que son, en nuestros días, la condición y la garantía más segura de su existencia. Lo que se esfuerza por obtener no es nada menos que la emancipación de los trabajadores frente a la omnipotencia del capital.»

Esto no es todo. Hoy el socialismo está aún en la fase militante. Es todavía un partido de oposición y de lucha. Por eso defiende la libertad en el dominio político, social y moral siempre que encuentra la ocasión de ello. Favorece todas las leyes, todas las mociones, todas las medidas propicias a la emancipación material, intelectual y moral del individuo. Trata muy gustoso de romper los marcos sociales y morales del pasado... Es, pues, indiscutible que hoy el socialismo representa el individualismo y es su encarnación social más poderosa...

Pero, ¿será siempre así? Cuando llegue al poder, cuando sea un partido gobernante, ¿será aún el socialismo liberal e individualista?

Tal es la cuestión que se plantea. Porque acaso entonces los gérmenes de antiindividualismo contenidos en el socialismo se desarrollarán.

¿Cuáles son esos gérmenes?

Hay algunos que son evidentes y sobre los cuales los adversarios del socialismo han insistido hace tiempo. Citemos, por ejemplo, la manía probable de administración y de reglamentación a todo trance; la pretensión acrecentada de la sociedad al derecho de inspeccionar la actividad de los individuos; la omnipotencia cada vez mayor de la opinión, que llegaría a ser en el régimen socialista la principal sanción moral.

G. PALANTE

# KROPOTKIN A HUXLEY

## III

El pensador francés en extremo simpático y tempranamente muerto, Marc Guyau, fué el primero, según creo, que declaró el verdadero carácter de lo que yo llamo el tercer elemento de la moralidad. Ha comprendido que su esencia no es otra que la de la conciencia humana de la fuerza: el exceso de energía, el exceso de fuerza, que impulsa a exteriorizarse en hechos.

Tenemos, escribió Guyau, más ideas de las que necesitamos para nosotros mismos y estamos por eso obligados a participarlas a los demás, porque no podemos obrar de otro modo.

poseemos más lágrimas o más alegrías de las que necesitamos, y damos con gusto lo superfluo.

Y finalmente poseemos algunos de nosotros más fuerza de voluntad y más energía de la que es necesaria para la vida personal. Algunas veces, cuando esa voluntad superabundante es dirigida por un espíritu mezquino, crea un conquistador, pero cuando es dirigida y desarrollada por un gran espíritu y un gran sentimiento en la dirección de lo social, surge el fundador de una nueva religión o de un nuevo movimiento social que ocasiona la renovación de la sociedad humana.

Pero en todos los casos nos impulsa la conciencia de la propia fuerza, en primera línea, y la necesidad, a emplearla.

Si ese sentimiento es además aprobado por la razón, no exige ninguna otra sanción el obrar así, ninguna intercesión superior y ningún compromiso externo. Eso se convierte por sí mismo en una obligación, pues en ese momento el hombre no puede obrar de otro modo. La conciencia de su fuerza y de su capacidad para hacer algo que aprueba el control de la razón, en favor de alguno o de todos en general, contiene ya en sí el impulso a la acción. Eso es lo que llamo «deber».

Ciertamente, continúa Guyau, precede con frecuencia en nosotros una lucha antes de que nos decidamos a la acción. El hombre no es algo unilateral, fundido de un golpe. Antes bien, cada uno de nosotros se compone de diversas individualidades, de diversos caracteres: si nuestras inclinaciones y temperamentos se encuentran en oposición recíproca y se contradicen a cada paso — entonces la vida es insoportable. Todo, hasta la muerte, es más agradable que el eterno desgarramiento, las eternas colisiones, que pueden llevar a uno a la locura. Por eso se decide el hombre por lo uno o por lo otro.

Sucede que nuestra conciencia y nuestra razón se subelean contra una resolución adoptada, como contra algo desleal, rastroso, banal, y después imagina algún sofisma, esto es, un auto-engaño para justificarla. En hombres fuertes y honestos un sofisma no causa efecto; aunque inconscientemente vencen en los casos de duda los motivos profundos, internos. Después se produce la armonía entre la razón y lo que llamamos conciencia y se desarrolla un acuerdo que da la posibilidad de vivir la vida en su contenido entero, la vida intensiva, alegre, ante la que palidecen los dolores... El que ha vivido esa vida, el que ha conocido una vida semejante, no la cambiará por una existencia miserable llena de duda.

Si alguno se «sacrifica» en ella, no se siente de ningún modo como víctima. Una planta debe florecer, escribe Guyau, aunque siga a la floración inevitablemente la muerte, igualmente el hombre que siente en sí un exceso de compasión para los dolores humanos, que tiene la necesidad de una productividad espiritual de un trabajo creador, —oirenda libremente sus fuerzas sin tener en cuenta las consecuencias que le resulten para sí.

Ordinariamente tal obrar es llamado abnegación, desprendimiento, altruismo. Pero todas esas calificaciones son falsas, porque el hombre que obra así en la mayoría de los casos no habría cambiado los padecimientos físicos y hasta morales que ha tenido que sufrir mediante ese modo de obrar por una pacífica abstención y menos aún por una defectuosa fuerza de voluntad.

Un ejemplo — uno entre muchos.

Cuando estuve en la costa sur de Inglaterra en una pequeña aldea en que se encuentra un establecimiento de la sociedad para la salvación de los desgraciados en el mar, converse con los marineros de la «Coats guard». Uno de ellos me contó como salvaron el año pasado la tripulación de un barco español cargado de naranjas. El barco fue llevado durante una terrible tempestad de nieve a un lugar llano que estaba en las cercanías de nuestra aldea. Las olas gigantes saltaban por encima de él, la tripulación, que consistía en cinco hombres y un muchacho, se ato a los palos de las velas y demandó auxilio. Pero el bote de salvamento no podía partir, porque las olas lo arrojaban a la playa de nuevo.

«Estábamos todos en la playa, dijo el relator, y no podíamos emprender nada, hasta que hacia las tres comenzó a anochecer; era en febrero, y se oyeron los gritos desesperados del muchacho atado al mástil. Entonces no pudimos contenernos más. Los que antes habían afirmado que era una locura disponerse a navegar, pues no llegaríamos nunca al mar, comenzaron a gritar los primeros: «Queremos intentarlo, sin embargo». Echamos de nuevo un bote de salvamento, luchamos largo tiempo contra la tempestad, antes de llegar al mar. Las olas volcaron dos veces el bote. Dos de los nuestros se ahogaron. El pobre Dago se enredó al borde en las cuerdas y se ahogó ante nuestros ojos, en las olas... Era horroroso verlo. Finalmente vino una fuerte ola y nos arrojó a todos en la playa. A mí se me encontró al día próximo en la nieve, a dos millas de aquí. Dos españoles fueron salvados por un gran bote de salvamento de Dungenes...»

O acordáos de los mineros de Rondatales, que horadaron durante dos días el camino por una galería subterránea destruida para llegar hasta sus camaradas enterrados. Esperaban a cada momento, que serían muertos por una explosión o por un nuevo derrumbamiento. «Las explosiones continuaban, pero nosotros oíamos los golpes de los camaradas; nos daban señal de que vivían aún... y continuamos».

Ese es el contenido de todos los hechos verdaderamente altruistas, de los grandes y de los pequeños. Un hombre a quien se ha inculcado la capacidad de identificarse con su ambiente, un hombre que es consciente de la

fuerza de su corazón, de su voluntad, pone libremente su capacidad al servicio de los otros, sin esperar ni en éste ni en el otro mundo una recompensa cualquiera. Ante todo posee la capacidad de comprender los sentimientos de los otros, de experimentarlos. Eso basta. Comparte con los demás dolor y alegría. Les ayuda a soportar los periodos difíciles de su vida. Siente sus fuerzas y emplea generosamente sus capacidades en amar a los otros, en entusiasmarlos, en despertar en ellos la fe en un futuro mejor y en incitarlos a la lucha por ese futuro. Sea cualquiera el destino que le corresponda no lo toma como dolor, sino como realización de su vida, como una riqueza de la vida que no quisiera cambiar por un vegetal desprovisto de todo deber; prefiere los peligros eventuales a una vida sin lucha ni contenido.

Aun ahora que se propaga el individualismo más brutal por la palabra y el escrito, la ayuda mutua es la parte integrante más esencial de la vida de la humanidad. Y depende de nosotros mismos, no de circunstancias exteriores, el proporcionar cada vez más plaza a la ayuda recíproca, no en forma de beneficencia, sino por el cultivo natural de los instintos sociales existentes en nosotros.

Queremos considerar ahora cómo se presenta lo que llamamos deber desde el punto de vista desarrollado por mí.

Casi todos los que escriben sobre moralidad intentaron relacionarla a un origen cualquiera: a la inspiración de lo alto, a un sentimiento innato o a un provecho racionalmente comprendido, personal o general.

En realidad se constata que la moralidad es un complicado sistema de sentimientos y conceptos que se han desarrollado en el hombre lentamente y que se desarrollan aún. Se deben distinguir en la moralidad, cuando menos, tres elementos constitutivos: 1) el instinto, es decir, la costumbre heredada de la sociabilidad; 2) la representación conceptual de la justicia, y, 3) el sentimiento apoyado por la razón, que puede llamarse abnegación, desinterés, desprendimiento, o la más alta satisfacción de las poderosas exigencias de la naturaleza. La misma palabra magnanimidad refleja falsamente el contenido de ese sentimiento, pues la magnanimidad supone un alto aprecio del propio hecho, mientras que el hombre moral rehusa precisamente esa apreciación. En eso consiste precisamente la verdadera fuerza de lo moral.

Los hombres tienen tendencia a atribuir sus inclinaciones éticas a revelaciones sobrenaturales; esa tentación la resisten muy pocos pensadores; los demás, los utilitaristas, se esforzaron por explicar la moralidad por la representación de lo provechoso desarrollada en el hombre. Así surgieron dos escuelas contradictorias. Pero aquellos de nosotros que conocen la vida humana y que se han liberado de los prejuicios de la Iglesia, saben lo importante que fué y es todavía para la humanidad la ayuda mutua, lo importante que es un juicio racional sobre la justicia y lo desinteresadas que son las acciones del hombre de firme corazón y firme voluntad.

Hasta en esta época en que es propagado el individualismo más brutal, es decir, la regla: «piensa ante todo en tí», la humanidad no podría existir una docena de años sin apoyo mutuo y sin actividades espontáneas al servicio de la comunidad. Desgraciadamente, estos pensamientos sobre la esencia de la moralidad y su evolución no han encontrado eco alguno entre los representantes

de la ciencia moderna. Huxley, como uno de los mejores darwinistas, cuando explica nuevas ideas sobre «la lucha por la existencia» y su significación para la evolución, abandona a su gran maestro en el problema de la evolución de los conceptos éticos del hombre. Darwin los explicó como un instinto social propio igualmente de los hombres y de los animales. En lugar de dar a la moralidad una explicación natural, este notable naturalista ha preferido asociar las enseñanzas de la naturaleza con los dogmas eclesiásticos.

Herbert Spencer, que ha dedicado su vida a la elaboración de una filosofía racional basada en la teoría de la evolución y que se ha ocupado muchos años de los problemas de la moralidad, no ha seguido igualmente por completo la explicación darwinista del instinto moral. Después del tardío reconocimiento del apoyo mutuo en los animales (tan sólo en junio de 1889 en la revista «Nineteenth Century») y después de la confesión de que en muchos de ellos existen rudimentos de sentimiento moral, Spencer quedó, sin embargo, discípulo de Hobbes, que niega la existencia de sentimientos morales en los pueblos primitivos, «mientras no haya concertado ningún pacto social» ni se hayan sometido a las reglas de los sabios legisladores inspirados de una manera misteriosa. Y si Spencer cambió algo su punto de vista, en los últimos años de su vida, el hombre primitivo fué siempre para él, como para Huxley, un animal pendejito que sólo pudo ser amansado mediante las leyes, y finalmente se ha formado un concepto de las relaciones morales con sus semejantes en parte por cálculos egoístas.

Pero la ciencia debió haber abandonado desde hace mucho el gabinete de Fausto, en el cual sólo penetra la luz por turbias ventanas.

Es ya tiempo de que los sabios conozcan la naturaleza, no sólo a través de las empolvadas bibliotecas, sino en las montañas y en los valles, a la luz del sol, como han hecho al comienzo del siglo XIX los fundadores de la zoología científica en los desiertos americanos, lo mismo que los fundadores de la verdadera antropología, que convivieron con los pueblos primitivos, no para enseñarles la doctrina cristiana, sino para conocer sus usos y costumbres.

Entonces se convencerán de que la moralidad no es extraña a la naturaleza. Verán cómo la madre expone su vida en el mundo animal entero para salvar al hijo, cómo los animales gregarios luchan solidariamente contra los enemigos, cómo se reúnen en grandes comunidades para buscar unidos nuevos alimentos; verán en ella cómo reciben los salvajes primitivos de los animales las doctrinas de la moralidad; verán después de dónde procede el que nuestros maestros espirituales estén tan orgullosos y se vanaglorien de ser los representantes de Dios en la tierra. Y en lugar de repetir que la naturaleza es inmoral, comprenderán que, cualesquiera sean los conceptos de lo bueno y de lo malo, no son más que la expresión de lo que nos ha dado primero la naturaleza y después el lento proceso de la evolución.

El supremo ideal a que se han elevado los mejores de nosotros, no es otra cosa que lo que observamos ya en los animales y en las razas primitivas, lo mismo que en los pueblos civilizados de nuestros días, cuando se ofrecen la vida por el prójimo y por la dicha de las futuras generaciones. Sobre este ideal no se elevó hasta aquí nadie y nadie puede elevarse.

FIN

# El sentimiento democrático del pueblo español

(Continuación)

**E**S cosa bien sabida ya que los reyes de España no se parecen en nada a los que vinieron del extranjero. El sentimiento democrático que revela el funcionamiento de los municipios durante casi toda la primera parte de la Edad Media tal vez tiene su máximo ejemplo en Alfonso el Sabio.

¡Ah! ya sabemos que este monarca no ha tenido érito en su manera de gobernar y durante su reinado, se sucedieron las sublevaciones. Sin embargo, aquel rey tenía una gran visión política, y una visión en relación con el carácter del pueblo español. Su concepción del poder era verdaderamente digna de elogios y en toda la Edad Media no se encuentran frases tan nobles y tan precisas como las suyas que condenen al autoritarismo.

¿Cuál fué la política de Alfonso el Sabio?

Dos hechos sobresalen en su reino: la lucha contra los nobles, para dominar y reprimir sus audacias, liberando asimismo al pueblo de los abusos de los señores; y su pretensión al trono imperial alemán, anticipándose de tres siglos a Carlos Quinto.

No se puede negar que existen contradicciones entre los actos de Alfonso el Sabio y sus ideas expresadas en su gran obra «Las siete Partidas». Sus ideas políticas, perfectamente orientadas, que se inspiran del derecho, justinianeo dulcificado con su concepción española democrática de la realeza, denotan al ombre humanista y sabio que fué. Desgraciadamente su carácter no era el de un hombre político. Su voluntad claudicaba a pesar de ser un soldado valiente, no sabía mantenerse firme en sus propósitos y era más un hombre de estudios que de acción.

Si Alfonso el Sabio hubiera sido un hombre de voluntad firme, la historia española presentaría el caso de un rey castigando al autoritarismo, a la tiranía, al despotismo, no en palabras como sólo lo hizo, sino con hechos.

En efecto el rey Alfonso lucha contra la nobleza dispuesta siempre a tomar parte en un complot aunque fuera sólo para distraerse, siempre preparada para lanzarse a las aventuras, sostener al uno en contra del otro, contrarrestar la política real, ayudar a tal obispo, meterse en todo sin reparar en las consecuencias. Cuando el rey renuncia al lazo de vasallaje que unía el rey de Portugal al de Castilla, y cuando abandona sus derechos al ducado de Gascuña que le había traído en dote su mujer, los nobles no comprenden que el rey obra así porque sus sentimientos humanistas le impiden alienar la libertad de una persona o hacer perder sus derechos seculares a un pueblo entero. La nobleza se subleva considerando esta gran prueba de liberalismo como abusos del poder y una serie de rebeliones encadenadas arrasan el reino en una guerra civil muy triste. Los nobles de Vizcaya, el conde de Haro, los infantes Enrique y Fadrique, encabezan a los sediciosos. Pues bien, en vez de coger a los jefes rebeldes y castigarlos duro y fuerte, el rey trata de contrarrestar la lucha intestina probando unas veces de congraciarlos con favores, otras veces castigando sin reparo. Este régimen de

«ahora castigo, ahora premio», no podía dar nada bueno con los nobles de aquel entonces.

Lo mismo ocurre cuando en 1257, los enviados alemanes vienen a Burgos a ofrecer a Alfonso el Sabio la corona imperial, igual que Carlos V, el rey es el nieto del emperador de Alemania, la hija de Felipe de Suabe casada con Fernando III siendo su madre. Pues bien, ¿qué pasa? A la opinión castellana su interés material del momento le impide ver las consecuencias verdaderas de tal ofrecimiento; las dificultades monetarias del momento habían obligado al rey a la alteración de la moneda, y los ricos burgueses y los nobles solo vieron en la corona imperial la obligación de gastar enormes sumas para la elección y el pago de los gastos para recibir a los embajadores alemanes. Alemania estaba lejos. Había que atravesar el reino de Francia. Todo aquello parecía un poco temerario a los que no sabían ver más allá del pequeño horizonte suyo. Alfonso se daba perfecta cuenta de lo importante de la cuestión. Al ver que la oposición se manifestaba cada vez más, en vez de obrar con decisión y con firmeza, se porta con poca franqueza que no le perdonan ni los nobles ni el clero, ni el papa.

Al morir su hereaero, don Fernando de la Cerda, el rey obra de nuevo con indecisión. En las Partidas, el rey había establecido por primera vez en la legislación castellana la sucesión hereditaria al trono tal como prevalecía en Castilla. El hijo trasmitía sus derechos hereditarios a sus hijos. Aplicar esta ley era proclamar hereaero del trono al hijo infante don Fernando. A esto se opuso el hijo segundo del rey, Sancho. Otra guerra civil y cambios sucesivos en el testamento de Alfonso. Hubo el caso escandaloso de las Cortes de Valladolid, donde los amigos de Sancho le declaran rey y piden a Alfonso que abdique. Muere Alfonso sin haber solucionado esta querrela dinástica que sin embargo había sabido muy bien explicar y fallar en su libro.

Este rey, sin embargo, mandó escribir la tan rica enciclopedia jurídica; «Las siete Partidas» no sólo es un libro de derecho sino que resume el saber de una época introduciendo en la práctica y en la legislación elementos importantes de derecho justinianeo y un monumento literario de la lengua castellana.

En Sevilla este rey organiza los estudios universitarios de latín y de árabe; en Murcia la Universidad mixta con los catedráticos de tres razas: española cristiana, española musulmana, y judía. Demostrando poseer en alto grado el sentido de justicia y de igualdad humana el rey pidió la aportación de los hebreos para el desenvolvimiento científico y para la vasta empresa de formar las tablas astronómicas oráculos de las escuelas hasta fines del siglo XVII. El mismo presidía este concilio de sabios — casi todos hebreos — formando la primera sociedad que para el progreso de las matemáticas o, lo que es lo mismo, para bien del género humano se reunía.

En las tablas alfonsinas se dan cita todas las ciencias, desde las naturales a las filosóficas, de la historia a la poesía, de la jurisprudencia a la moral; pero lo que, a mi parecer, bastaría para que recordemos a Alfonso el Sabio, y para que los republicanos le pongamos en un

LOS FRANCESES Y EL EXILIO

MARITAIN



A caverna española vuelve a agitar sus cachiporras, esta vez contra Maritain, escritor francés católico y antifranquista.

No sólo es la caverna española más papista que el papa. Sa da a sí misma la facultad de excomulgar, que hasta ahora se había reservado Roma papal.

He aquí lo que escribe en «El Correo Catalán» de Barcelona, que igual podría llamarse «El Eco de las Cavernas» puesto que representa a los requetés:

«La confusión podría penetrar en nuestro país por los procedimientos sutiles y brillantes de ciertas tendencias políticas extranjeras (Maritain) del Estado laico y de las masas católicas, sin que veamos la razón que aconseje la reconquista de las multitudes y no querer reconquistar al Estado, ya que mientras el sacerdote conquista un alma puede el Estado pervertir a mil. Se habla asimismo de democracia como si ésta en su sentido político fuera un dogma de fe... Nos abstendremos de llamar a la Iglesia apostólica y democrática en vez de apostólica y romana.. Creemos que la exacerbación de las ideas políticas de Maritain es una de las principales causas del confusio-nismo actual».

Un pasionista argentino llamado Derisi opina en «El Correo Catalán» que las teorías de Maritain conducirían a derrumbarse el régimen de Franco.

El profesor holandés Kuiper, otro tonsurado, afirma en el mismo periódico que la posición de Maritain es la de un desequilibrado.

Y finalmente otro tonsurado llamado Roquer, trabucaire catalán, tercia en el debate para afirmar que hay sectores cristianos (los de Maritain) que son infieles.

Los tres abominan del liberalismo. «El Correo Catalán» persiste en la cerrazón de Sardá Salvany que a principios de siglo escribió una obra titulada «El liberalismo es pecado», texto que tiene a mano el Santo Oficio español actual para sus fechorías.

Resumimos en apartados ordenados lo esencial de la repulsa cavernaria a Maritain y la correspondiente crítica:

Primero. — La Iglesia cree que ha de conquistar el Estado. Sin el Estado no es nada. ¿Qué papel tiene, pues, la religión como tal? Ninguno. Necesita la coacción y la fuerza para imponerse. Exactamente igual pensaba Hitler. Exactamente igual piensan todos los marxistas y todos los republicanos; para ser algo han de conquistar el poder con armas. Si la Iglesia ha de valerse del Estado para conseguir sus fines, ahí están también los judíos con su Estado de Israel, recién implantado entre cañonazos. Y respecto al cristianismo ¿qué es el sermón de la montaña? ¿Qué se ha hecho de la doctrina de Francisco de Sales? Este decía: «Un alma es suficiente diócesis para un prelado». ¿Qué es y de qué sirven los mismos mandamientos que no se refieren para nada a la conquista del poder ni al uso de la fuerza? Lo que hacen los católicos de golpe y porrazo es ponerle a Cristo dos pistolas.

Segundo. — El liberalismo nació como posición crítica de libre examen frente a la acción total o totalitaria de los dogmas políticos. Luego se dividió en liberalismo puro (antiautoritario) y liberalismo equívoco, desnaturalizado del todo éste al infiltrarse en los distintos sistemas de gobernar. El liberalismo puro se coordinó con las corrientes libertarias sobre todo con Reclus. El otro se entregó al partidismo. Maritain es un liberal político y por consiguiente su posición no es la nuestra, sino la de Lamennais, en parte la de Rousseau y otros enciclopedistas, añadiendo, ribetes de Jaurés y un entronque con la Universidad de Lovaina en ciertos aspectos.

Tercero. — De todas maneras es curioso anotar que el problema español divide a los católicos del mundo como los dividió la Inquisición. Torquemada y Arbués quedaron en la caverna. Los místicos españoles perseguidos por ella, quedaron frente a la caverna, con un fuerte humanismo de fondo, vitalizado y secularizado después por el liberalismo puro y el socialismo no contaminado de autoridad. En esencia existía ya secularmente la corriente adversa integral a la autocracia corriente que no nació de la Enciclopedia sino de lejanos precedentes clásicos, de la vida espontánea, de la libertad conquistada y usada, del avance de la ciencia, de la rebeldía congruente y activa, del racionalismo experimental, de los descubrimientos geográficos, de la intercomunicación creciente y del estoicismo más elevado — que no era por cierto el de Marco-Aurelio ni privativo de Grecia.

La caverna española desciende en línea recta y con agravantes de la caverna prehistórica. Maritain es considerado como desertor por la partida de la porra y de la cachiporra de Cristo Rey.

*Lugar aparte en nuestra historia son las frases que escribió este rey acerca del poder personal.*

*Estas frases las podrían aprender, meditar y comentar todos los hombres, pero principalmente todos los jefes de partido y jefes de gobierno. Aviso que un español de pura cepa daba a sus compatriotas, helas aquí:*

*«Tirano, tanto quiere decir como señor que es apoderado de algún reino o tierra por fuerza o por engaño, o por traición. Estos atales son de tal natura que después que son bien apoderados de la tierra gustan más de hacer su pro; maguen sea dano de la tierra de todos, porque siempre viven a mala sospecha de la perder... Usan contra los pueblos de su poder de tres maneras de arterias: los de su señorío sean necios o medrosos, provocar entre los pueblos que haya desamor entre sí de guisa que no se fien unos de otros; que punan de los hacer pobres, e de meterles en tan grandes hechos que los nunca puedan acabar; y matar a los sabidores y matar más de los extraños».*

*¿Quién pudiera escribir estas palabras en el frontispicio del famoso sepulcro del Caudillo!*

P. CAROL VILASETRU

FELIPE ALAIZ

# «Proyección al futuro: dilema humano» (ensayo)

## I. — EL VIAJE DE «ULISES-HOMBRE»

EN el confuso ramaje de las religiones, así como en leyendas orales o escritas hace siglos, el hombre vive, es más, cree que debe vivir, con un sentimiento de culpa; los dioses lo castigaron por ser suma de todos sus pecados. En cierta ocasión, llovió fuego del cielo e intentó aplacar la osadía humana. Cabría pensar — vistas así las cosas — en la desesperación de los dioses, irritados por lo mediocre de su obra y en el oculto complejo del creador insatisfecho, y presto a lanzar los rayos de su despecho, pero esta tesis se aviene mal con la psicología del artista que tiene mucho de narcisismo; en suma: dejó al nombre con su carga de incertidumbre, pero le dió valor para soslayar el problema y evolucionar. Al fin y al cabo, la obra mediocre, podría ser embrión de una talla maestra, digna de los orfebres que pueblan el Olimpo: Ahí reside el meollo del problema que nos preocupa: el dilema humano en la época presente.

El hombre, poseso de su imaginaria culpabilidad, no hizo caso, es más, empezó a pensar irónicamente que era imperativo seguir cargando con ella y en lucha contra sus atavismos, decidió ser un rival de sus dioses. Es la eterna rebelión de los discípulos contra sus maestros, una vez cumplido el ciclo educativo, cuando la especulación cede el paso a la creación y aparecen moldes nuevos.

El reto estaba lanzado. Al pasar los milenios, la batalla: hombre-dios, se recrudeció y hoy sigue agitando la colmena humana. Duelo tan singular no podía tener pronta solución y su sostenido combate, al través de las edades de la civilización cuenta con material suficiente para que, algún rapsoda nos hable un día del portentoso viaje de Ulises-hombre por el páramo de su propia incompreensión, hasta las cumbres de su autoterminación. Será el viaje del hombre hacia su destino glorioso.

El sentimiento de culpa en los grupos humanos es, sin duda alguna, su constante, su insaciable curiosidad por definir el TODO de que forma parte. Con un conocimiento fragmentario de su posición en la Tierra, el hombre intentaba develar la nube que esconde el templo de los dioses. Es la curiosidad de Elsa con el caballero Lohengrin. ¿Terminará el problema tan trágicamente...? ¿Existe un «tabú» a nuestra curiosidad...?

El dilema humano ha sido, desde sus albores creativos, que parten del descubrimiento del fuego y su poder de combustión, retar las creencias — siempre gregarias —, sustituyéndolas por las ideas — siempre dinámicas; porque, es lo cierto: «creencia» presupone sumisión, mientras «idea» significa reto a lo desconocido, vuelo mental que puede terminar en hallazgos insólitos, en conclusiones constructivas; en suma, un peldaño más en la secular batalla contra el dogma. Tal la palpitante disyuntiva moral de la Humanidad que persiste con más fuerza en la actualidad, por el equilibrado balance que ofrece el conocimiento del hombre contemporáneo. En efecto, junto con descubrimientos positivos, aparecen encuentros negativos para seguir alimentando el fatalismo humano. Desenvolvamos, intentemos hacerlo, el proceso de ese dilema trágico.

Grandes cordilleras aparecen ante Ulises-hombre. Con su cerebro el hombre desafía su propia existencia en la Tierra, a la par que trabaja por su afianzamiento. ¿Por qué esta dualidad trágica? ¿Será, acaso, una lucha entre sus instintos de sociabilidad y superación o sus atavismos salvajes que datan de sus primeras épocas y que florecen junto con el ingenio científico...?

Lo cierto es que, definitivamente, hay algo fatal en la evolución humana, la cual solamente puede superarse mediante una revolución moral, todavía distante en los estadios de la grandeza humana.

## II. — «... SENTIMIENTO DE IGNORANCIA Y SOLEDAD...» HORIZONTE DEL HOMBRE ACTUAL.

Cuando la Humanidad vislumbra mayores probabilidades de cooperación, aparecen ominosos presagios del poder del hombre para amedrentar al hombre, con lo que la indignidad sigue teniendo carta de ciudadanía en la colmena humana. Como si la paradoja fuese más elocuente, algunos de los elementos destructivos más poderosos ideados por el ingenio humano se deben a hombres eminentemente pacifistas y prestos a la concordia; tal, la tragedia de Alfredo Nobel con la dinamita; la congoja de Einstein, ante las aterradoras consecuencias de la desintegración atómica y, junto con el gran sabio, un semillero de hombres notables que investigaron el proyecto nuclear, entre los que descuella la figura espigada y dramática de J. Robert Oppenheimer que nos ha explicado algo del dilema a que nos enfrentamos, al referirse a la inquietud espiritual surgida en grandes segmentos humanos, lo cual ha llenado de desaliento a numerosos idealistas objetivos, tan lejanos al ferrero conceptualismo marxista, como al dogmatismo cristiano que, convierte la bondad, de instinto social, en altar de ridículo ritual a poderes superiores.

Estamos entrando en una era de rabiosa especialización y esta inter-dependencia científica puede suscitar problemas morales interensísimos. Algo de lo que sucedió en otras épocas de la vida del hombre en la Tierra. Refiriéndose a esta situación Oppenheimer ha comentado con una concisión medular, terriblemente trágica, recuerdo de las mejores escenas shakesperianas: «Este sentimiento, nuevo en efecto, no está reservado a los atomistas (refiérese a la sensación de vacío en la especie humana). Se debe esencialmente al vuelo prodigioso de la ciencia en los últimos años... este vuelo científico es acompañado de una especialización tal, que ningún hombre puede actualmente poseer sino una ínfima parcela de los conocimientos humanos. Esto suscita un sentimiento de ignorancia y soledad de intensidad proporcional al saber...»

Según el sabio — cuyos conceptos hemos transcrito — ya no habrá jamás una noción global del conocimiento; todo quedará diseminado entre lo virtual y lo actual. Terminará, a la postre, con un dogmatismo retrógrado debido a la carencia de perspectivas universales, de carencia de elementos de conjunto para establecer apreciaciones. Nada menos que la misma situación en que se hallaba nuestro antecesor el hombre de las cavernas. Así, pues, el círculo letal se cierra en torno a nosotros.

Pronto estaremos en manos de pequeñas comunidades altamente especializadas. Debemos pensar — cabe ha-

cerlo así — si esas oligarquías — axiomáticamente — vendrán a resolverse en dictaduras, lo que vendría a convertir al hombre en habitante de un mundo-robot. Es decir, en el umbral de la automatización se prepara el mayor atentado contra el cerebro : convertirlo en célula amorfa de una sociedad mecánica; la especialización como piedra filosofal moderna, convertirá al ser humano en algo así como un trabajo en cadena y sin lógica, ni explicación.

¿Cómo hombres de ideas libertarias podemos aceptar tal situación...?

Einstein y el doctor Schweitzer claman por una fraternidad universal, por una comunidad de espíritu que esté cierta del peligro que corremos ante la desenfrenada carrera científica y mecánica. Hemos oído las valientes advertencias de Waldo Frank y de Camús. Oppenheimer lo demanda urgentemente y manifiesta sin ambages que, sin nociones de comunión universalista : «... el hombre quedará impotente, prisionero de una visión demasiado estrecha de su condición, en un universo demasiado vasto y demasiado complejo... »

El asunto puede definirse por contraste; veamos : ¿Cómo apreciar lo positivo si no tuviéramos lo negativo presente? ¿Por qué aceptar ídolos — moldes hechos — cuando el conocimiento nos ofrece nuevos inquietantes estímulos, caminos inesperados...? Estancarse es locura; es castración. Cuando Han Ryner define la gran revolución de Epicuro exclama : «Libró a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura...» Y la humanidad actual infestada del concepto de Estado se apresta a crear una nueva estructura de catadura — esta vez, científica — y adorar un nuevo dios, una deidad que surgirá en un parto fructuoso de fresadoras y tornos.

¿Cuál es la esencia íntima de ese nuevo Dios? El amor de la ciencia por la ciencia misma. Si en arte esa fórmula fué prontamente descartada por malsana, en el terreno de la ciencia debemos desecharla de igual manera.

La ciencia está para servir al hombre, no para tiranizarlo mediante nuevas formas de opresión, tanto más ominosas como presentes se avizoran. La superestructura que nulifica al hombre, al igual que la cibernética, la nueva ciencia precursora del mañana — diosa de la automatización — y que, al decir del profesor Boulanger consiste : en «una síntesis total de lo vivo y de lo inerte»; es, también, algo más terrible. En efecto, la nueva ciencia tiende a demostrar la supremacía de la máquina sobre el hombre (últimamente hemos leído complejos tratados al respecto, justificando lo injustificable). Y ello es algo a lo que debemos oponernos. El humanismo debe volver por sus fueros.

Así, pues, todo parece indicar que los tiempos futuros pertenecerán a minorías científicas altamente especializadas, por lo que cabe esperar una lucha decisiva entre el pensamiento filosófico, en sus distintas escuelas y, las ramas científicas; ambas aspiran al control humano : unos, por medio de la moral que creen más adecuada y otras tomando como fin la técnica más depurada.

Si no encontramos solución a los ingentes problemas planteados, el hombre se encontrará, desnudo, en un mundo deshumanizado, de máquinas, donde el engrane sustituya a la neurona, en un juego hacia la muerte.

III. — META HUMANA : DESECHAR SU SENTIMIENTO DE CULPA. — DISYUNTIVA FUTURA

¿Cuál debe ser la meta futura del hombre? Como en

ocasiones anteriores no puede esconderse en la metafísica, templo del dogma. Desechemos nebulosidades que nullifican el razonamiento. A nuestro entender el dilema humano queda circunscrito a dos puntos definidos :

a) Someterse al dictado de la ciencia y crear una nueva mística en torno a ella. Es decir, formular un «nuevo sentimiento de culpa» recreándonos en un concepto de estado, extraño a nuestro destino que nos impele al dominio del planeta de una manera consciente. En estas circunstancias, la máquina nos sometería a su control y teniéndonos de vasallos, contaría con una minoría selecta de materialistas implacables que no tardarían en sentirse atacados de soberbia irrefrenable, si tienen mente política, sagaz para dominar los cerebros científicos de la época.

b) Saturar a la especie de un intenso sentido de sociabilidad que nos conduzca a un medio cooperativo. Aclaremos el concepto : se precisaría una inter-relación adecuada entre hombre y máquina, entre creador y criatura mecánica. La ciencia para la comunidad, no para el sabio. Evitar la megalomanía en el descubridor. Expulsión de todos los dioses que pueblan la mente del hombre y una mayor comunidad de éste con la naturaleza y sus efectos, de los que formamos parte. Conscientes de nuestra limitación material, sublimizar nuestra permanencia en el planeta mediante la consecución de metas armoniosas para obtener la mayor dignidad como especie privilegiada.

Sabido es que, salvo excepciones, la ciencia es amoral. Grave problema y de medular significación. Ciertas corrientes del anarquismo moderno y otras ramas del socialismo contemporáneo han planteado este problema, identificando las experiencias humanas con el logro de un modo de convivencia más identificado con lo natural. La síntesis podría ser la creación de una nueva moral que supedita el conocimiento al bienestar de la comunidad y el convencimiento del hombre, sea cual fuere su amplitud, que el destino humano está vinculado con el respeto que el hombre tenga de sí mismo. Si el conocimiento es irreversible como proclaman los sabios, manifestemos, asimismo, que las leyes morales tampoco pueden retroceder — sería lógico suponer en el desgraciado caso de que así sucediera, que el hombre emprendía el camino del fin —; por lo tanto cabe afirmar que la moral anarquista — equivalencia : conducta condicionada a las leyes naturales y su razón y, a la defensa contra sus iras cuando se trate de preservar la especie — es la que más se aproxima al presente y porvenir, porque no reconoce más limitaciones que las humanas y puede ser un tanto expansiva y comprensiva como lo demande el conocimiento. Sólo así podrá evitarse una tecnolatría y la máquina estará supeditada al hombre.

Erich Fromm manifiesta en «El Hombre Enajenado» que : «... cuando las cosas se hayan convertido verdaderamente en sus servidoras mejor que en sus ídolos, el hombre se enfrentará con los auténticos conflictos y problemas humanos... » Es decir, cuando más razonable, más dado a la verdadera dimensión real de lo que nos rodea, el hombre deje de deificar, terminará su sentimiento de culpa. Ese día habrá terminado su infancia y el robot, será... eso : un robot. Entonces ya no habrá dilema humano, el hombre se habrá encontrado a sí mismo y sus dioses emprenderán el camino del ocaso.

A. HERNÁNDEZ MUÑOZ

# PANORAMA

## LA HOGUERA DE ASIA

La situación sigue agravándose entre la China roja y la India de Nehru. Es, ése, otro foco posible de conflicto que se enciende precisamente cuando parece que en Europa la tensión bélica decrece. Es como si todos estuviesen puestos de acuerdo para mantener el mundo en constante estado de guerra. Como si la Internacional Sangrienta de los Armas tuviese ramificaciones en todos los países.

Evidentemente, en todos los países las tiene, aún en aquellos que, como los países comunistas, parecen al margen de esta clase de intereses. Los que juegan en ellos son de otra índole. Sin embargo, en el fondo, todos los intereses coinciden en una misma línea y en un mismo objetivo: mantener latente en el mundo la tensión guerrera; crear incesantemente nuevos focos, que se encienden en el momento en que otros parecen apagarse.

Aparte los designios de carácter económico que juegan en todas las guerras modernas — empleo del material fabricado, conquista de mercados y de zonas petrolíferas, auríferas y ahora nucleares — en el caso concreto del conflicto indio-chino, es el factor político el que interviene principalmente. Desde tiempo hemos dicho que toda el Asia estaba destinada a ser pasto del imperialismo político comunista. Allí la que juega la carta fuerte no es Rusia, sino China que, con el tiempo, será un peligro mundial mucho más serio que el peligro ruso. Con el tiempo, la dirección internacional del comunismo se desplazará de Moscú a Pekín. En lo que respecta al Asia ya está desplazada y los que dirigen la política asiática comunista son los chinos, no los rusos.

A la vista tenemos las fotografías del viaje de Chou-en-Lai en 1956 a la India. Chou-en-Lai cubierto de flores, riendo a carcajadas al lado del Pandit Nehru, saludando a la multitud indú. Chou-en-Lai, todo sonrisa y gestos cordiales, prometiendo amistad eterna y asistencia fraternal a la India.

Hoy las cosas han cambiado. Las sonrisas se han vuelto cañonazos y las flores aviones de bombardeo. La India, inmensa e inerme, con grandes multitudes miserables e incapaces de toda acción, es terreno abonado para la ocupación comunista. Mientras en Europa los tres grandes se reúnen y discuten los problemas de la «detente» europea; mientras Eisenhower y Kroutchew cambian mensajes cordiales y se prometen visitas de buena vecindad, la China se apresta a conquistar los 400 millones de indios que, en un mañana próximo, unidos a los 400 millones de chinos, formarán una enorme masa humana de cerca de mil millones de hombres, para los que devorar Europa y América será un juego de niños. Con bombas atómicas y sin

ellas, que pueden morir muchos millones de indios y de chinos sin que se vean clarear los rangos de esa masa humana compacta, y para la que la muerte no tiene ninguna importancia.

He aquí una perspectiva realmente inquietante para la libertad y el porvenir del mundo.

## LOS PRESIDENTES MIGRATORIOS

Si Alfredo Jarry escribió un día un mordaz estudio dedicado a los constantes viajes del Presidente de la República francesa — no era en esa época el general de Gaulle, lo que quiere decir que los viajes presidenciales son una costumbre contraída desde que existe república en Francia — hoy ya no podemos hablar del «Presidente migratorio», sino de todos los Presidentes que viajan incansablemente a través del mundo. Sobre todo de los Presidentes de repúblicas presidencialistas.

El señor Eisenhower, por ejemplo, somete a ruda prueba su corazón, mal curado de su trombosis coronaria. Los viajes en avión no le convienen, pero, estoico, surca y resurca los océanos, de Nueva York a Bonn, de Bonn a Londres, de Londres a París. En espera del gran vuelo de Nueva York o Washington — a Moscú. Y todos son conversaciones y conciliábulos, planes y discusiones que tienen, según dicen, la paz por objeto, pero que de la misma manera pueden traernos la guerra.

Los periódicos, bien servidos de noticias en unos meses en que por regla general faltan, se entregan con fruición a comentar todos los detalles de estas visitas. Sabemos, por ejemplo, que la Alemania de Adenauer recibió al presidente americano al estilo de Hollywood y que en Balmoral el Presidente se interesó por los progresos culinarios de la pequeña princesa Ana, que le acarició los cabellos y que ya se le considera un miembro de la familia real británica. De su viaje a Francia todavía no sabemos más que las noticias un poco confusas de una llegada bastante fresca — nos referimos al termómetro... y al público — pero confiamos en conocer toda clase de detalles íntimos.

Los otros, lo de lo que se discutirá entre bastidores, éstos los sabremos dentro de unos cuantos años, cuando los historiadores hagan la historia de las consecuencias de tanto viaje.

Consecuencias que sin duda no pagará solamente el ajetreado corazón de Ike, sino muchos miles de corazones de madres.

## OTRO VIAJE EN PERSPECTIVA

Como no podía menos de producirse, el ilustre hombre de Estado que preside los destinos de la gran nación española no ha querido ser menos que

# INTERNACIONAL

Adenauer, pongamos por ejemplo. Y hemos sido informados de la invitación formal hecha a Eisenhower por parte de Su Majestad Francisco I, para que realice un viaje triunfal a España.

Los detalles del viaje no están todavía ultimados. Parece que Eisenhower se ha mostrado muy sensible a esta atención y que ha prometido tenerla en cuenta.

Se nos afirma, confidencialmente, que entre las visitas oficiales proyectadas en compañía de Eisenhower, si, como se espera, el viaje de este se realiza, figura una visita a los Penales del Dueso y de Burgos, a la cárcel-sanatorio de Cuellar y una gran recepción en Cuegamuros, con asistencia de un millón de muertos.

## EL PAGO DE LOS BUENOS SERVICIOS

Es posible que España no entre en la O. T. A. N. Sin embargo, ello no será óbice para que se anuncie una ayuda militar americana acrecentada a la España franquista y para que se proyecte el equipamiento de varias divisiones españolas de acuerdo con las nuevas necesidades de la guerra moderna. Esto es, en previsión de la utilización de las bombas a hidrógeno y de las bombas atómicas.

Esto ha causado inmenso júbilo en España. Las madres españolas se regocijan del honor hecho a sus hijos, que serán los primeros gloriosos muertos en la guerra futura. Pues estas divisiones, tan bien instruidas y perfectamente equipadas por el Estado Mayor americano, formarán parte de los cuadros de élite elegidos en cada país para hacer frente a cualquier eventualidad bélica que se presente.

Según parece, Adenauer y su Alemania no se muestran muy propicios a ser las fuerzas de choque en preparación para el caso de guerra. Los alemanes supervivientes de la guerra del 39-45 han perdido mucho de su espíritu militarista. En cambio, los soldados españoles se muestran encantados del honor que se les hace. Y sobre todo sus familias y el pueblo en general.

## DE MOSCÚ A MADRID, EN VUELO DIRECTO

Una señora que tiene tantos medios de información como Geneviève Tabouis y que como ella, hace 30 años que no se equivoca nunca, nos ha afirmado que la visita de Eisenhower a España se hará después del viaje a Moscú.

Y como son tan cordiales las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, esta misma señora nos afirma que después del viaje de Kroutchew a Norteamérica, Francisco I, por consejo de Eisenhower, piensa invitar al jefe del gobierno ruso y Secretario general del Partido comunista soviético, a visitar España, donde mano a mano

discutirán el problema del oro español en Rusia. Todo esto, absolutamente confidencial, lo confiamos en secreto a nuestros lectores.

## LAS DIFICULTADES DE FIDEL CASTRO

Aunque la revolución cubana se ha detenido sin alcanzar las características de la revolución española, dentro de los límites de la acción de Fidel Castro, este encaja ya con las dificultades propias de todo movimiento insurreccional que dana los intereses capitalistas nacionales y extranjeros.

El procedimiento utilizado en Cuba por los enemigos del pueblo cubano es clásico. Es el que se utilizó en España durante la primera República. El que utilizó el capitalismo autóctono, el belga, el inglés y el americano después de la proclamación de la segunda República. Lo que no pudo hacer después del 19 de julio porque la incautación de bienes muebles e inmuebles por el pueblo se produjo naturalmente como un hecho propio de la misma revolución. Lo que obligó, sin embargo — y de ello Peiró tuvo que saber mucho — a aceptar el principio de las indemnizaciones al capital extranjero para evitar lo que ellos llamaban «la internacionalización del conflicto».

Hoy Fidel Castro se encuentra ya con la resistencia pasiva del capitalismo nacional y extranjero — en el caso americano. Los propietarios de las grandes plantaciones de azúcar se niegan a reparar el material agrícola necesario y a hacer a los obreros que siembran las tierras los avances en semillas y en dinero precisos.

La respuesta de Castro ha sido la incautación de esos bienes, con promesa de indemnización, si son extranjeros y de pura y simple confiscación, si se trata de cubanos, y la distribución directa a los campesinos, con préstamos por parte del tesoro a estos obreros hasta la obtención de las cosechas.

¿Hasta dónde podrá llegar Fidel Castro por el camino emprendido, chocando con los poderosos intereses capitalistas americanos y cubanos, que se asociarán, para hundirle? No olvidemos el fin de Zapata y la estrangulación de la Revolución mexicana de 1910.

Deseamos a Fidel Castro energía, perseverancia y suerte... Y sobre todo que evite los peligros que acortaron la vida de Obregón, en México, después de haber causado la muerte alevosa del dulce Madero. Que el capitalismo ha tenido y tiene y tendrá todavía sicarios a sueldo.

Lástima que en Cuba no se haya hecho una revolución de fondo y lástima que esa revolución no se haya generalizado, levantando el espíritu y la acción de todas las masas oprimidas y explotadas de Sud-América, cuya suerte sólo puede equipararse a la de los indios. — F. M.

# LABRADORES DEL ESPIRITU



UNA gran ciudad. Millones de habitantes que se mueven, agitan, gesticulan y ceamulan, tropezándose. Pasan a nuestro lado. Nos arrojan en su ajetreo. Podemos palparles, tocarlos con nuestras propias manos. Verles el rostro y leer en sus miradas.

Todos parecen iguales. Tienen la misma conformación y figuras físicas. Los gestos y modales mutan o repiten en cada uno de ellos. Sus cabezas rumban, bambolean, como terminación de la gran obra de la naturaleza, sobre un tronco torcido que descansa en dos extremidades de traslación. Entre esa abigarrada multitud que invade la metrópoli y la somete a la dura ley romana de motín, de concentración, de manifestación, es la expresión del mensaje pacífico que pronuncia el trabajo, la tarea activa, el desentumecimiento de los músculos que de ese modo cumplen la función del ejercicio en la eterna divisa biológica de la necesidad que crea el órgano.

Todos parecen iguales, pero no lo son. Cien, mil, un millón o millones quizás piensan igual. Llevan el mismo problema a través de las calles de la ciudadela, quizás de orden material, político o religioso. Van movidos por un resorte de apremio, de apresuramiento por resolver no saben qué dificultad, y se apretujan, apenúscan, comprimen de modo igual que si la ciudad resultara estrecha y fuese preciso ensancharla por compresión, por explosión. Cientos de miles, de millones, como conjunto celular en el panorama de nuestro globo, siguen esta ruta por la que regresan sobre las huellas aún calientes. Parece que nadie los distinguiera, pero entre todos ellos, en medio de esa turbamulta anónima, de esa pesada corriente humana, hay diez, cien quizás, pero sobre todo un hombre que no es igual. Tiene algo que ofrecer en este mercado de la oferta y la demanda. Su mercancía ha adquirido muy alta cotización en la bolsa de valores al punto de no encontrar compradores fáciles. Este hombre, que no es igual que los demás, es M. D., viejo y dilecto amigo mío, en esta empresa de pensar y admirar a quien piensa y discurre.

*Sembrador de ideas al voleo:* M. D. es un labrador del espíritu, de ideales, como ha denominado Pedro Soteras a cuantos de este mundo pusieron en el monumento de la historia su granito de arena y el soplo divino de su aliento para engrandecerle y humanizarle. Porque, pensar es actuar en consonancia y equivalente a arar, a roturar, a desmenuzar para sembrar lo que fructificará en la edad del tiempo y del espacio. Actuar, obedeciendo al pensamiento, para el género humano, resulta penosa tarea, de compensación remota. En la generalidad de las veces es improba y no tiene retribución. No defecto de nuestro siglo atómico, aunque bien acentuada crisis ca-

balga a lomos de nuestra multitud. Es herencia inveterada. Al conjunto humano, podemos encomendarle que construya el Coloso de Rocas, que levante las Pirámides de Egipto y plante en medio del desierto una Esfinge. Que arrastre pesadas moles de piedra de los confines del mundo, sobre tierras y mares, y lo nara. Podrá encomendarse que haga guerras, sin interesarle el motivo, y revoluciones sin sentido ni objetivo lógico, y lo nara. Mas no le exijamos que doble la columna vertebral sobre un libro, que incline la cerviz sobre el mundo misterioso y fascinante de la fantasía imaginativa que presenta una mansa y numida página, salpicada de arabescos con claridad y profundidad de cielo estrellado. No le exijamos que la masa encerrada se inflame de emociones, se nutra con levadura de ideas y se convierta en laboratorio.

Trabajar con principios abstractos es agotador para quienes no se someten a la única tiranía aceptable para el hombre: el estudio. Porque, por él los campos de la libertad moral y económica se ensanchan. Pero en el juego de las especulaciones, las ideas no son susceptibles de tráfico ni de manoseo. No pueden palparse y la numidad solo concibe, generalmente, lo que es materia palpable, domable, modelable. Lo que puede transformarse industrialmente, modificarse o suprimirse. Resulta difícil acomodar su mentalidad a ese esfuerzo supremo de sometimiento a una disciplina rígida, inflexible. Pensar tiene su equivalente en regular, dentro de la comprobación de los valores lógicos, los problemas mentales que con la experiencia del pasado, conduzcan nuestro destino hacia el porvenir.

*El pensamiento se capitaliza a plazos muy largos:* Lamentablemente, el pensamiento humano pocas veces, o nunca, fué patrimonio general, sino particular. De los 2.000 millones de seres que residen en el globo, ¿cuán es caso número se detiene a interrogar el infinito de sí mismo! Del pasado histórico sabemos que han desaparecido multitudes en masa pero no tenemos representación de cuántos millones y sólo sabemos que existieron por lo que nos dejaron como restos de las civilizaciones caldeas, asiria, egipcia y griega. De esa muchedumbre, muy poco o casi nada dicen los libros. Estos hablan sólo de cuatro o cinco personajes, comerciantes, conductores de tropas, ungidos como reyes o dioses y de otras artes e industrias similares. Mas en relación con el número, ¿qué representan los hombres que en edades pretéritas supieron algo, pensaron algo, dijeron o hicieron algo portentoso ajeno a lo común que dejara el sello inconfundible de su paso por la tierra? De ello se infiere lo difícil que resulta contrastar lo que fuimos hasta lo que somos y demostrar para lo que serviremos mañana, cuando nos internemos en el espacio infinito.

Desde Anaxágoras a Pascal, y desde la escuela positivista

vista hasta el movimiento que, como existencialista sirve de moda y modelo a especulaciones de nuestros días, nada de lo que tiene al alma puede sernos ajeno. Pero, ¡que recorrido penoso y que pasos tan lentos! Para llegar a 1959 hubimos de hacer un rodeo varias veces milenario. Desde que nuestra estructura logró la primera articulación vertebral hasta el presente, apenas si perdamos pequeños segmentos que nos distinguen de otras especies. Conservamos la misma forma craneana, los mismos atavismos ancestrales, los residuos del pasado cavernario. Pareciera que la naturaleza ha querido apagar nuestro falso orgullo, nuestra magnitud al mantenernos semejantes a cuadrúpedos y reptiles que tienen sobre juegos de medios de traslación, dos ojos, dos oídos, olfato y tacto, igual que nosotros. ¡No vaya a ser que la petulancia humana lo eche en olvido!

Para hablar con los dioses olímpicos, mi amigo M. D. aprendió su propia lengua. Los idiomas civilizados del mundo moderno, el francés, alemán, inglés y castellano no le permitían sino tener contacto con los precursores y cultores de nuestra literatura y filosofía, que apenas, del Renacimiento a esta parte, se hicieron ciudadanos de Occidente. Pero bien sabemos que la cultura de corte y talle europeos recibió como triste herencia los residuos de la decadencia romana. Y lo que ganó después de un sueño varias veces secular que abarca las edades antigua y medieval, fué a golpe de macha y martillo, chorreando sangre de guerras iracundas y odios religiosos predominantes en una religión de principios políticos que aspira al poder para inaugurar en la tierra la gran exposición internacional del reino de los cielos.

Es por ello que M. D. aprende el idioma chino para hablar con Lao Tse y Confucio. Quiere entenderse con ellos en su propia lengua, tutearlos con esa libertad ancha de la simpatía que inspira la confianza por las buenas acciones y por la longitud de su porte y noble jerarquía. M. D. necesita hablar con los hombres y con los dioses, y puesto que no son ellos los que buenamente se avienen a estudiar nuestras lenguas de reciente formación y de tan pobre medulación poética, aprende el árabe para encontrarse en Córdoba, en Granada, en Medina y en la Meca y platicar con Mahoma. Poner al sol las raíces de El Corán, saber en qué justa medida Maimónides, Averroes y Avicena dijeron tan sabias palabras al comienzo de nuestro hablar y entender los problemas del espíritu, hace apenas unos cuantos cientos de años.

Y para dialogar en aquel mundo del arte, la literatura y filosofía helénicos, M. D. aprende griego, ese idioma sonoro de suaves diptongos y modulaciones que, no obstante veinticinco siglos en que vino a menos, continúa desafiando las iras de Roma, de Bizancio y de sus culturas exóticas de calibre menor. El idioma y pensamiento griegos, haciendo un puente sobre el latín y otras competidoras lenguas antipodas, proscribieron e hicieron apátridas a cuanta manifestación de origen extraño apareció en la parte cultural del mundo moderno. Pasó Alejandro de Macedonia, discípulo de Aristóteles; pasaron Gengis Khan y Atila y sus discípulos menores del mismo trust industrial. De todo ello, apenas quedó el recuerdo que la historia está cubriendo con el polvo más viciado para acelerar la consunción. Ya estamos olvidando a Hitler y a Nuremberg, pero pasarán muchos años antes que la sabiduría griega, árabe y oriental, en toda su extensión, nos diga la media palabra. Iremos a

los cielos. Podremos transformar el ámbito material de la urbe, sus cosas y hasta mismo muchos de sus hombres.

Los próximos años harán con que el hombre se identifique con el cosmos y la tierra no será sino una estación de tránsito donde pasar unas vacaciones, pero la palabra y doctrina de los nuestros quedará soldada al alma por vía de la eternidad.

*ideario de la libertad según M. D.* Textualmente, M. D. explica que no hay más que una verdad, pero si muchas mentalidades diferentes. Y lo que parece evidente para algunos, puede resultar oscuro e inadmisible para otros.

Según nuestro grado de evolución, elegiremos al progreso o a la regresión. Me reñero a la evolución, no física sino psicológica que se traduce por el desarrollo y perfeccionamiento de las ideas abstractas, morales y espirituales. Pero la evolución de la humanidad, en su conjunto, está en absoluta contradicción con la ciencia, la ciencia de la materia inerte. La razón y también el hecho de la evolución no pertenecen al campo de nuestra ciencia actual. El humano y su cerebro actual de ninguna manera representan el fin, la meta de la evolución, pero si un periodo intermedio entre el pasado, repleto de recuerdos animales, y el porvenir, rico en promesas más elevadas. Tal el destino humano, según Lecomte du Nouy.

Para mejorarse, el hombre debe ser libre, puesto que su contribución a la evolución dependerá del uso que hará de su libertad. Con todo... llegará a un estado de perfección apenas concebible hoy, pero que la intuición presente, y tan poderosamente probado que algunos prefirieron el martirio que ceder a su ideal.

Ningún hombre puede evitar de contribuir (es su más alto deber), en la medida de sus medios, a esa fase de la evolución. Nadie debe inquietarse de los resultados de sus esfuerzos, ni tampoco de la importancia de su contribución, si es sincero y consagra su atención a su propio mejoramiento, porque *únicamente vale su propio esfuerzo*. Su vida toma así un valor universal. De ese modo el hombre se vuelve así un eslabón de la cadena y no ya un juguete irresponsable, obedeciendo ciegamente a impulsos incontrolables. Es un elemento responsable, consciente, autónomo, libre. Toda la nobleza del hombre procede, proviene, de esa libertad negada a los animales. Y de ese privilegio puede sacar orgullo.

Para extirpar el mal, debemos neutralizar, no sólo los instintos heredados de nuestros antepasados animales, sino también de las supersticiones transmitidas por nuestros antepasados humanos; las superficialidades de nuestra actividad mental no controlada, de nuestras ambiciones mal dirigidas y reemplazarlas por el *sentido de la dignidad humana*.

Cuando se habla de la lucha del hombre contra sí mismo, no pensamos solamente en las demandas de la carne, sino en las deformaciones del espíritu, consecuencia de la vida en común. El deseo de brillar, de figurar, de autoridad, de gloria, actúa en detrimento del esfuerzo interior auténtico y distrae la atención hacia nuestra verdadera meta.

De las cosas, siempre lo interior es más importante que lo exterior. Esto último ya desde joven dejó de interesarme. Lo material: el dinero (salvo el necesario para pagar los impuestos y mantener la salud) carece de va-

lor. El espíritu es todo. Y es encantador vivir porque el espíritu siempre encuentra algún elemento que antes no había visto o que había medido fragmentariamente.

El mundo progresa. La evolución es lenta, pero no se detiene. Evidentemente que su progresión no es una recta, pero nunca se verá un río sin sinuosidades. Tengo fe en el porvenir humano y me basta.

El hombre siempre condena lo que no entiende. Es más fácil imaginar que razonar. El hombre es libre cuando hace acto de hombre. Los hechos cambian siempre más pronto, mucho más pronto que las ideas. El pensar no es tan fácil, pese a que el hombre nació para pensar. «¡Qué admirable y digna de atención es nuestra atención, la de los hijos de esta tierra, decía Einstein. No sabemos con qué fin, pero a veces creemos sentirlo. Empero, desde el punto de vista de la vida cotidiana, y sin reflexionar con más profundidad, sabemos lo siguiente: estamos en la Tierra para los demás y, en primer lugar, para aquellos de cuya sonrisa y bienestar depende plenamente nuestra propia dicha».

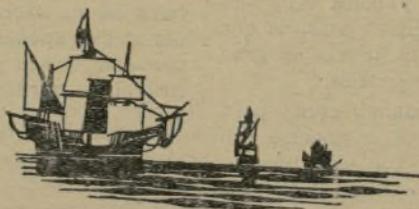
El panorama del futuro es seductor. La perfección llegará cuando todos logremos tratarnos fraternalmente. Por mucho tiempo el hombre vivirá demasiado aprisa,

queriendo siempre algo nuevo. En cuanto a mí, miro cien veces la misma cosa y siempre descubro en ella algo distinto, que seduce, que justifica el bello ideal de vivir.

*Labradores del ideal* como M. D. tiene en su acervo la humanidad. De noble y humana estirpe, como el francés Georges Bernanos y los españoles Ricardo Mella, Ramón Acín y Felipe Alaiz, son arquetipos, pioneros, precursores por su entraña espiritual, de lo que todos esperamos del hombre y de su figura como tal. Enrique Rodó, Manuel González Prada y Baldomero Sanín Cano en este ángulo continental sudamericano, hijos directos, como M. D., de los ideales de la Enciclopedia, profundizaron sus raíces calando hondo en el campo de la cultura.

Sin egoísmos personales, aparecieron en el escenario del mundo para identificar al hombre con los buscadores del camino como denominó a los grandes maestros el pintor e historiador del arte contemporáneo Felipe Cosío del Pomar. Para acicatearlo y hacerle más breve el tránsito de la servidumbre a la libertad en la ruta del futuro que todos deseamos.

CAMPIO CARPIO



## VIDA DE CENIT

*La situación económica del país evoluciona de tal manera que ninguna estabilidad administrativa es duradera.*

*Decíamos en el número 98 que la fuerza de las cosas obligaban a la revista a un aumento de precio.*

*La prensa en general en enero de este año aumentaba de un 25 por ciento, CENIT se limitó a aumentar el 11 por ciento.*

*Hoy se nos comunica que el coste de impresión va aumentar también de un 8 %. Dicho aumento provoca para la administración de la revista la necesidad de encontrar 80.000 francos más con que cubrir los gastos suplementarios de un ejercicio.*

*Como siempre, nos resistimos a aumentar el precio del ejemplar pero hacemos un llamamiento tan sincero como angustioso para que, en lugar de lo que el aumento nos aportaría, se intensifique la suscripción voluntaria. En el ejercicio último esta suscripción nos ha permitido llegar a buen término sin déficit y continuar con la mayor parte de los servicios gratuitos a los ancianos e inválidos. En la intensificación de estos donativos confiamos para que podamos continuar solventes frente a las nuevas necesidades.*

*He aquí la novena lista de donantes:*

M. Vilarrupla .....	200 francos
Cendón .....	440 "
Ginés Cándido .....	1.000 "
José Cuevas .....	300 "

sión consiste en proteger a la humanidad contra el peligro de una plétora de cultura. En contraposición al conocimiento, afirmará lo incognoscido; en contraposición a la lógica, el sentimiento; en contraposición a la realidad, la hipótesis; en contraposición al análisis, la intuición. La mujer trabajará sobre todo para dignificar el espíritu del hombre, para perfeccionar su inteligencia; ella realizará el amor y la justicia; ella triunfará por el entusiasmo; el hombre, por el valor.

»La mujer del siglo XX no sólo habrá aprendido, sino también olvidado muchas cosas, sobre todo las locuras femeninas y antifemeninas del presente. Concentrará todas las energías de su ser para gozar la dicha del amor. Será casta, pero no por frialdad, sino por pasión; obedecerá a sus sentidos, porque su alma es pródiga en sentimientos; será sincera, porque será valiente. Exigirá un amor intenso, porque podrá ofrecerlo aún mayor. Por su refinado idealismo, el problema del amor será más complicado, a veces insoluble.

»La dicha que irradiará y experimentará será inmensa, más profunda y duradera que todo lo que hasta ahora se ha denominado felicidad. Muchos de los caracteres distintivos de la esposa y de la madre de hoy faltarán, indudablemente, a la mujer nueva. Siempre será una amante y sólo por eso se convertirá en madre. Consagrará las fuerzas más precisas y enérgicas de su naturaleza a ser, a la vez, amante y madre; su culto religioso consistirá en crear la felicidad en la vida. Por lo mismo que conocerá la transcendencia de la belleza y de la salud elegirá más reflexivamente y profundamente, persuadida de su responsabilidad, al padre de sus hijos; dará vida y educará a seres sanos y hermosos; ella misma poseerá un encanto más atractivo, una juventud más duradera que las mujeres de hoy. Agradará durante toda su vida, porque embellecerá siempre la existencia; pero agradará, especialmente, porque al través del tiempo será siempre la misma y su imperecedera juventud, su más perfecta hermosura, se revelarán únicamente al ser amado. Comprenderá que los encantos del alma son los más esenciales, y en la plenitud de su ser hallará la renovación de estos encantos, las manifestaciones inesperadas, los infinitos matices de su gracia individual.

»Hablará mucho menos que la mujer de ahora, pero su silencio y su sonrisa serán más elocuentes. Resultará siempre nueva y siempre invariable, espontánea y refinada a la vez.

»La esencia de su ser brotará, libre y pura como los torrentes de las montañas, y como ellos, dócil a un ritmo interior. Aunque en apariencia se abandone al vértigo de la alegría, de la pasión, de la ternura, de la embriaguez de

perplejidades y de prisa, casi sin plan: unas veces, en la soledad de los bosques umbrosos; otras, en el apacible silencio que se goza en las orillas de los lagos suecos, o, por el contrario, las más de las veces, en medio de la agitación política y del tráfago social. Las obras que escribió la gran pedagoga sueca, son: *Del derecho de propiedad de la mujer y su emancipación del poder marital* (1887); *De la infancia de la especie humana* (1888); *Consideraciones acerca de las causas de las reacciones* (1889); *Ernest Ahlgren* (1889); *Narraciones históricas* (1889); *Desarrollo de la moral según las teorías de Letourneau* (1891); *Ana Carlota Leffler, duquesa de Cajanello* (1893); *Individualismo y Socialismo* (1895); *Mal uso de las fuerzas femeninas y cuál es la esfera del trabajo de la mujer* (1896); *Psicología de la mujer y lógica femenina* (1896); *C. L. Alquist* (1897); *Poetas modernos de Suecia* (1897); *Ensayos* (1898); *Figuras mentales* (1898); *En Finlandia y Rusia* (1899); *El siglo de los niños* (1900); *Los pocos y los muchos* (ignoramos la fecha exacta en que apareció, pero la cuarta edición alemana vio la luz en 1905); *La fe en la vida* (1903); *Amor y matrimonio* (1903); *El mundo y el alma* (1906); *Ensayos* (1907); y posteriormente, sin que se pueda fijar fecha, *El destino de tres mujeres*, *El movimiento feminista* (con anterioridad a la guerra uno o dos años) y *La mujer y la guerra mundial*, escrito en 1922 ó 23.

En cuanto salió de la pluma de Hellen Key se advierte un mundo de ensueños, de idealidades y aun de quimeras, producto de la desazonadora inquietud que de continuo promovía en su espíritu la contemplación de la realidad exterior, y en algunos aspectos parece tuvo el don profético. Si se exceptúan algunos trabajos artísticos, estéticos o biográficos, y los relatos de sus impresiones de viaje, la inmensa mayoría de los estudios son ensayos y opúsculos extensos aparecidos en revistas suecas, alemanas y francesas, en los cuales trató temas filosóficos, pedagógicos, religiosos, críticos y sociológicos, siempre relacionándolos con problemas vitales y de actualidad fugaz. Donde vertió los conceptos más profundos y atrevidos fué en los volúmenes *Psicología de la mujer y lógica femenina*, *El siglo de los niños*, *Los pocos y los muchos*, *La fe en la vida*, *El mundo y el alma*, *El movimiento feminista* y *La mujer y la guerra mundial*. Los cinco últimos son, seguramente, lo más sazonado y de mayor envergadura de cuanto produjo Hellen Key.

Constituyen este quinario colecciones de ensayos expositivos y críticos que, aunque no fueron escritos sucesivamente y con un método riguroso, sino mediante intervalos de meses y aun de años, ofrecen, sin embargo, una característica especial, inconfundible, puesto que tienen el mismo

vigor, análoga movilidad y la frescura y amenidad propias de la disertación improvisada.

A pesar de que ninguna de las siete u ocho obras últimas de la pensadora sueca pueda calificarse de construcción arquitectónica, revelan todas ellas la jugosidad y la galanura que en general caracterizan cuanto escribía la venerable e inolvidable ideóloga. No se adaptan al modo de hacer ultrametódico de un filósofo sistemático y de profesión, porque Hellen era una pensadora a quien los sepulcros blanqueados han calificado de arbitraria y nihilista, pero era dueña siempre de sí misma, sabía manejar el estilo admirablemente, respondiendo sus libros a algo más que a un proceso puramente reflexivo; al impulso de un corazón impetuoso que subyuga irresistiblemente, por la sinceridad, la nobleza y la hidalguía llevadas a su más alto grado.

De ahí que aun siendo una escritora que propendió al ataque y a la crítica acerada, conservase en el fondo de su alma un sentido ecuaníme, porque era piadosísima. La obra de Hellen Key puede compararse a uno de esos aludes que de improviso se lanzan desde una cumbre, arrollándolo todo a su paso, o al torrente que se precipita en espléndidas cascadas, que se deshacen en espuma y saltan en haces deslumbrantes al chocar con las ingentes piedras del cauce.

En ocasión alguna rindió Hellen Key pleitesía a los convencionalismos formularios, a la ley escrita y mucho menos a la rutina, porque unos y otros pugnaban con su vigorosísimo temperamento, independiente y audaz, hostigado siempre por inquietudes e impulsado sin cesar por los secretos acicates de un anhelo vehementísimo de superación que llevábala a suspirar porque se realizaran las más honradas transformaciones colectivas. De ahí su devoción firmísima por la intangibilidad que asigna a los fueros de la persona humana, y el derecho indiscutible que atribuye al sujeto para desenvolver el «yo» según lo exijan las necesidades y la vocación.

Considerando el pensamiento de Hellen Key en algunas de sus fases, quizá podría aventurarse el aserto de que en su concepción filosófica asoma el influjo de Federico Nietzsche. Pero, ¿qué importan las mayores o menores semejanzas que pudiera señalar la crítica sutil entre la pedagoga sueca y el filósofo alemán? ¿Qué autor contemporáneo está por completo libre de la influencia que por dondequiera adviértese del llamado «nihilismo intelectual»? No cabe negarlo; la misma autora lo declaró al encomiar a Nietzsche en un magistral discurso que hace cerca de siete lustros pronunció en Weimar, en el cual expuso su creencia de que las concepciones de aquel gran escritor icono-

podemos resistir la tentación de reproducir algunos párrafos en que Hellen Key trazara, magistralmente, el perfil de la mujer de mañana. Son párrafos en los que conentó sus esperanzas y sus ansias, mirando a la sociedad futura, en la cual, los hombres y las mujeres vivirán unidos en el sagrado culto de un ideal dinámico, saturado el ambiente de cordialidad suprema y dignificados por el grande amor.

He aquí cómo se expresa la gentilísima pensadora: «La imagen que me formo de la mujer del porvenir—cuando se evoca un ideal nada debe negársele—es el de un ser cuyos contrastes estridentes se hubiesen trocado y armonía, que ofreciese una infinita diversidad y una unidad íntima y firme: una rica plenitud y una perfecta sencillez; una cultura refinada y una naturaleza primitiva; una individualidad acentuada enérgicamente unida a la más profunda femineidad. Tal mujer sabría apreciar la trascendencia del trabajo científico, la ardua investigación de la verdad, la libertad de pensamiento y la creación artística. Comprendería la necesidad de las leyes naturales; poseería el sentimiento de la solidaridad y de los intereses sociales.

»Por lo mismo que sería más culta y reflexionaría con mayor claridad que la mujer actual, sería mejor, más dulce y más prudente. Contemplaría las cosas en conjunto y en detalle, lo cual la libraría de muchos prejuicios denominados, todavía, virtudes, y sería la encargada de formar las costumbres. No buscaría apoyo en los convencionalismos sociales, sino en las leyes de su propia naturaleza. Tendría valor para sustentar sus ideas personales y para apreciar las nuevas doctrinas de su tiempo. Se atrevería a manifestar los sentimientos que hoy ahoga y disimula. La plena libertad de acción y el pleno desenvolvimiento de sus facultades personales le permitirían audaces tentativas, enérgicos esfuerzos encaminados hacia una vida conforme a la esencia íntima de su ser, siendo guiada, en esta exploración, por un instinto más seguro que el que la dirige actualmente. Podría entregarse a un trabajo más profundo y gozar, con mayor intensidad que la mujer de hoy, las alegrías que brotan de los actos más íntimos y sencillos.

»Así, para la mujer nueva, el sentimiento de la vida sería más fuerte, su experiencia más profunda; su vida moral, sus sentidos, sus anhelos de belleza se desenvolverían y perfeccionarían prodigiosamente. Poseería una sensibilidad muy delicada y vibrante y, por esto, podría gozar y sufrir mucho más que las mujeres de ahora.

»Por todas estas razones, la mujer del siglo XX dará nuevo valor a la vida social y al arte, a la ciencia y a la literatura. Pero gracias a lo que en ella existe de instintivo y misterioso, de profético e impulsivo, su más elevada mi-

pita en cuanto surgía de su pluma, muéstranos el nexo que existe entre el desenvolvimiento completo y total de la personalidad y los intereses genéricos de los organismos sociales y hasta de la humanidad entera.

Dando una nueva muestra del sano optimismo que alienta en su alma, afirmó una y mil veces, que basta dejar al individuo la mayor amplitud en el ejercicio de todas sus iniciativas para que la comunidad resulte beneficiada y prospere incesantemente. Un reputado sociólogo húngaro, L. Stein, profesor de Filosofía en la Universidad de Berna, en el volumen *Dersoziale Optimismus* estudió con amplitud y extensa documentación este problema tan complejo y definido con sólidos argumentos una tesis análoga a la de la pensadora escandinava.

Hellen Key exploró e hizo íntimo y recóndito de la conciencia humana; conocía las leyes psicológicas y no se le ocultaba lo peligrosas y contraproducentes que de ordinario son las cortapisas que las instituciones jurídicas y los preceptos legales significan en las sociedades de nuestra época. Perfectamente capacitada de que ciertas prohibiciones sirven tan sólo para estimular el deseo, que, según Juan Valera es la suprema voluptuosidad, comprendió que el imperio de una moral rígida e inexorable sólo hace sonreír a los mismos que la defienden y propugnan como antídoto de los venenos sociales.

Hellen Key exploró en lo íntimo y recóndito de la conciencia a esas cimas del pensamiento, tan difíciles de escalar, y que están vedadas a los entendimientos vulgares y medíocres, aunque en apariencia posean una cultura extensa, pero formalista y cortical, que una vez examinada de cerca queda reducida a la nada. La experiencia nos revela que, constantemente, el linaje humano habrá de ir tras de lo paradójico, porque hay en lo más hondo del alma el afán por olvidar las inclemencias de la vida y porque las nuevas concepciones, por arbitrarias y fantásticas que sean, atraen a los espíritus ingenuos, de la misma manera que son codiciados los frutos en agraz, por lo mismo que el catario puede ser algo peligroso para la salud.

## XI

### SEMBLANZA DE LA MUJER DE MANANA

Cabe presumir, de otro lado, que los bienhallados, los que van por seguros derroteros, aunque se esfuerzan no lo harán desterrar la creencia, profundamente arraigada en la muchedumbre, de que los poetas, los videntes y los filósofos, sean quienes marquen, al menos en líneas generales, la trayectoria y la evolución futura de la humanidad. No

clasta eran como una derivación que consagraba el triunfo de la filosofía de Goethe.

No vale, pues, la pena de adoptar un tono doctoral para inquirir y averiguar si la poderosa individualidad de Hellen Key emerge del mismo carácter escandinavo o, por el contrario, débese al realismo inflexible y pesimista nietscheano, que de la reminiscencia de las lecturas pudo dejar en el ánimo de la excelsa escritora. Hay, no obstante, necesidad de poner de manifiesto la diferencia enorme que media entre el optimismo idealista que se advierte en la vida de Hellen y la sombría, adusta y tétrica filosofía de Nietszche.

Indagando con verdadero método científico quiénes fueron los autores que más contribuyeron a la formación del espíritu de esta mujer excepcional, es probable que le hallásemos más puntos de coincidencia con Rousseau que con el teorizante de la «Genealogía de la Moral». Aunque Hellen, en más de una ocasión, protestó con brío de que se le atribuyese el haber prestado asentimiento a la afirmación de la bondad natural del hombre, es cierto que en el fondo estaba convencida de ello, y, repetidamente, reflejase en muchas de las páginas de sus libros la creencia de que con sólo facilitar el desenvolvimiento mental y la libre expansión de la personalidad, bastaría para que ésta contribuyese al bien y a la dicha humanas. No es otra la conclusión que se desprende de sus libros: «El síglo de los niños», «La fe en la vida», «El mundo y el alma» y «La mujer y la guerra mundial».

Para el ser humano constituye algo así como una autoimposición, síntesis de todos sus deberes y compendio de todas sus aspiraciones y ensueño, el ser feliz; o, en otros términos, el anhelo nunca colmado y la inclinación marcada a sustituir la rigida moral de la obligación por el deseo de gozar la felicidad. En este respecto tiene indudables analogías con el malogrado filósofo francés Juan María Guyau.

Hay también entre la obra de la pensadora sueca y la del famoso sociólogo y teniente general austriaco Gustavo Ratzonhofer, una gran semejanza. Ambos defendían la concepción monística con argumentos sólidos e irrefutables, y revelaron asimismo, en la defensa de aquella doctrina, tanta elevación de pensamiento como profundidad y agudeza en la analítica. Los libros más notables del tratadista de Viena, con cuya amistad nos honramos, son los siguientes: *Die Soziologische Erkenntnis*; *positive Philosophie des sozialen Lebens* (Leipzig, 1898); *Soziologie positive. Lehre von den menschlichen Wechselbeziehungen* (Leipzig, 1907); *Positive Ethik*; *die Verwirklichung des Sit-*

tisch, Seimssollenden (Leipzig, 1901), y Die Kritik des Intellekts : positive Erkenntnistheorie (Leipzig, 1902).

V

### LA AUTOIMPOSICION DE SER DICHOSOS

Sea cual fuere el punto de mira en que nos coloquemos para observar la marcha de la humanidad, no cabe poner objeciones de bulto al optimismo que Hellen Key defiende con bravura y gesto elegante en sus obras. Por esto, al dirigirse a la juventud que la interrogaba insistentemente, ansiando vivir, qué debía hacer para no malgastar el esfuerzo en estériles y logomáquicas divagaciones, contestó resueltamente: « ¡Hazte dichosa! », y luego agregaba: « Coloca muy en alto tu dicha; desenvuelve todas las fuerzas de tu espíritu y de tu cuerpo; evita todos los ejercicios, todos los placeres, todos los esparcimientos que disminuyen las fuerzas físicas y morales, que degradan e inflacionan el alma». Añade después estas sesudas palabras: « Ningún individualista debe proponerse otro objeto que el de avalorar y exaltar todas las energías de su ser; pero cuanto más haya desenvuelto su propia energía, más sentirá en sí mismo la colectividad; las alegrías y las penas de otros le embargarán como las suyas propias».

Halló Hellen Key el admirable punto de convergencia de estas ideas, aparentemente disparas y contradictorias, en la justificación completa del sentido epicúreo, tan bello y gentil, transformado en la teoría filosófica que se contiene en el monismo, ahora un tanto pasado de moda, porque hogano predominan los filosofastros y los literatoides de toda laya y condición, desde José Ortega y Gasset a todos los farsantes que simulan pensar, cuando en realidad no hacen más que dedicarse al vicio solitario.

Las dualizaciones architradicionales y escolásticas de las ridículas corrientes espirituales neomísticas e hiperestúpidas le parecían doctrinas absolutamente infecundas y que no sólo trastornan la vida del hombre, sino que le perturbaban y extravían, causando estragos innumerables entre los pobres jóvenes que, tratando de buscarse a sí mismos, no hacen otra cosa que evadirse en definitiva para no encontrarse jamás, porque se han despersonalizado. De la misma suerte que el individuo constituye una unidad orgánica y psíquica, dotada de diversas manifestaciones mecánicas e intelectuales, pero inseparables como movimiento y acción, el mundo cósmico y social forma un todo indivisible al que no pueden fijarse limitaciones, que tampoco es posible señalar, entre el individuo y la sociedad, ni entre la Naturaleza y Dios.

compatriota el excelente poeta Almqvist, y, como coronamiento, escribió un hermoso capitulo, lleno de misteriosa unción, en el cual el alma moderna lleva a cabo un coloquio consigo misma. A los más insignes poetas ingleses, Roberto Braffing y Elisabeth Barrett-Barrett, los sacó a la luz, rompiendo el cerco de indiferencia y la conspiración del silencio en que hubieron de permanecer durante muchos años.

Las obras de estos autores fueron traducidas a casi todos los idiomas europeos. Su correspondencia epistolar dióse a la publicidad y pudo aguilatarse su valimiento y su inspiración.

Entre el sinnúmero de mujeres que alcanzaron los honores de la fama, y cuyos méritos el tiempo ha sancionado depurándolos de los estigmas que imponen el encono de las luchas propias en los períodos de intensa agitación, en que el choque de las pasiones no deja lugar a que respandezca en toda su plenitud la crítica serena y reflexiva, hemos de citar a la baronesa Berta de Sulzner, Ana Carlota Leffler, Sofia Kowalewski, Clemencia Royer, Laura Marholm (seudónimo de Laura Hansson), Rosa Luxemburgo, madame Curie, Concepción Arenal, Carmen de Burgos, Paola y Gina Lombroso, Clara Zetkin, Josefina Yoteyko, madame Séverine, Catalina Bement Davis, Ada Negri, Teresa Lebríola, Isabel Oyarzábal de Palencia, María Lacerda de Moura, Dora Russell y Rosa Mayreder.

A estos nombres gloriosos de mujeres célebres por su gran inteligencia y sus virtudes ejemplares, hemos de unir el de Hellen Key, que con tan admirable arte y tesón laboró por el expansionamiento de los ideales y las reivindicaciones femeninas, que encaminarse a que la vida social armonice cada vez más con los principios morales, guiados por el sentimiento purísimo de la verdad.

«El hombre — escribe en *La fe en la vida* — es sinónimo de misterio: somos un enigma indescifrable. La vida es un perenne arcano.» En estos conceptos, sintéticos, es innegable que respandece la certidumbre, pero también es cierto que se necesita penetrar en su realidad intrínseca y describir las condiciones inherentes a nuestra conducta para ceñirla al interés general y sin que se requieran sacrificios baldíos, causa, con harta frecuencia, de los trastornos que abaten la personalidad y acarrean la desorientación que esteriliza a tantos individuos, quienes, a pesar de luchar activa y denodadamente por la existencia, no dejan otra huella de su paso por la vida que un inmenso cúmulo de sufrimientos y congostas, horrores y crímenes.

Hellen Key, con esa extraordinaria clarividencia que tanto alto puso su prestigio y el espíritu de investigador que pat-

ción, y, acaso, poner reparos también a determinados ideales que tienen su asiento en los límites de la nacionalidad, y, en parte, no se acomodan a las doctrinas que respecto a la enseñanza sustentara. Pero, de todos modos, es indudable que no se opone a ninguno de los fines primordiales por que suspira la humanidad consciente.

## X

### LA ACTIVIDAD COLECTIVA Y LOS PRINCIPIOS MORALES

Es, en verdad, asombrosa la suma de argumentos sólidos, irrefutables, que aportara Hellen Key para determinar los caracteres de la pedagogía de nuestro tiempo, inspirada en los datos que la ciencia experimental nos ha demostrado que son positivamente ciertos. En su conocido volumen **El siglo de los niños, con ingenio alado y dominio** de los más trascendentales problemas de la infancia, va desvaneciendo, una a una, las conjeturas que los espíritus superficiales y alocados fueron oponiendo a las concepciones laicistas.

Su exposición del modo de ser actual, harto defectuoso, de la estructura de las colectividades constituye una muestra palmaria de la agudeza y perspicacia que tanto distinguían a la preclara escritora. Con tanta delicadeza como fidelidad, reflejó su pensamiento un tanto escéptico respecto al porvenir que aguarda a la mayoría de las naciones europeas, describiendo, con gran vigor en el trazo, los derroteros que hubiera sido preciso seguir, lo mismo que la intensidad del esfuerzo que habría debido emplearse para libertar a los pueblos, víctimas a la sazón, como ahora, de la avaricia en la acción social, que constituye una fuerza restrictiva que cohibe y coarta a menudo las impulsiones más elementales de bondad.

Los ensayos filosóficos, éticos y religiosos de Hellen Key pueden denominarse contribuciones a la cultura intensiva, como el pedagogo de la estética, Schulzer Naumburg, calificara los suyos. Realmente, todos ellos señalan la ruta para alcanzar el objetivo propuesto y sirven de medios adecuados para la consecución, en parte, de la finalidad deseada.

Este objeto y fin son el hombre y la mujer mismos elevados, hasta ahora, de una esfera baja o infima para conseguir formas cada vez más perfectas y propendiendo a un mayor enaltecimiento de las almas. **Para presentarnos** este ideal, asequire por lo menos fragmentariamente, describe Hellen Key la característica acusada en algunos hombres representativos que se inspiraron en los mismos principios. Del olvido en que había caído, arrancara a su

El desenvolvimiento mental de la individualidad y la evolución del universo están concatenados y significan una representación objetiva que sólo cabe diferenciar, pero que no es posible concebir separadamente. Este criterio filosófico, que tiene no poco de inaudito, inspirado en el monismo, informa la primera de las obras antes citadas de Hellen Key; en torno a este eje de acero giran todos sus ensayos y disertaciones, sus pláticas y arengas, y esta manera especial de considerar los fenómenos psicológicos, éticos, jurídicos y sociales llevóla a intentar, con fortuna, su aguda y desmenuzador crítica que algunos escritores franceses calificaron de harto atrevida, respecto a la institución del matrimonio tal como aún ahora se realiza.

Hellen Key, abordando, con gran dominio del asunto, lo concerniente al proceso genético de la moral de los sexos y haciendo afirmaciones que, sobre apoyarse en los datos de la experiencia, evidencian la serenidad de juicio y la recta intención con que señaló el número de lacras que corren el organismo de la familia, en casi total decadencia y en peligro próximo de extinguirse la monogamia, demuestra que la sociedad tal como ahora hallase constituida, está al borde del precipicio.

### CRITICA DEL MATRIMONIO Y LOS VINCULOS CONYUGALES

A las gentes timoratas y bien halladas, a los burgueses y a los intelectuales serviles y canallas, es posible que les escandalice la manera franca y leal con que expone sus argumentos la infatigable propagandista de la secularización de la vida y del Estado; mas fuerza es reconocer que en el pensamiento fundamental de Hellen el más descontentado y exigente no puede hallar absolutamente nada que no esté en perfecto acuerdo con los dictados de la rectitud y el sentido del honor. Como todos los caracteres nobles y los espíritus austeros, asombrábase Hellen del embotamiento que en nuestro tiempo domina a las conciencias, hasta el punto de que se considere con harta frecuencia el matrimonio, en la sociedad infecta en que vivimos, como un acto en el que continúan los hombres el banal aprendizaje comenzado anteriormente en las relaciones sexuales con las meretrices desdichadas, mantenidas con el exclusivo propósito de satisfacer los brutales apetitos de la carne que busca el placer de modo semejante a las bestias.

¡Con qué gallarda indignación fustiga Hellen Key las vergüenzas de una organización social caduca que convierete a algunas infortunadas mujeres en viles instrumentos de deleite! ¡Con cuánta veracidad pone al descubierto los mó-

viles menguados que inducen a tantos hombres que al llevar a la virilidad o la madurez se casan, no porque sientan inclinación irresistible hacia la que eligen por compañera, sino obedeciendo al señuelo de la codicia que redondea su posición y les da mayor influjo en esta o aquella esfera de la sociedad! ¡Con cuánta sagacidad señala la injusticia y la falta de rectitud en la intención que revelan no pocos individuos que pasan por honorables, quienes llegando al matrimonio hastiados y avejentados, exigen a las jóvenes que han de ser sus esposas una pureza immaculada y un desconocimiento absoluto de los secretos del trato sexual, de los transportes carnosos! ¡Qué derroche de perspicacia hace Hellen Key al analizar la manera de comportarse esas uniones conyugales que en teoría debieran ser estrictamente monogámicas, pero en el fondo ocultan, insidiosamente, una inveterada costumbre poligámica! ¿Cómo pedir mayor suma de verdad que la que fluye de las palabras sinceras de esta mujer altísima, al dar cuenta de la carencia de toda norma ética en la vida conyugal? ¿Cabe más elevación de miras cuando descubre los estragos y lacerias o la sordez y avillanamiento que regulan los instintos, supeditándolos ignominiosamente a los intereses, a lo crematístico? ¿Puede pedirse más valentía de la que reveló al examinar las vileszas a que se somete la procreación de los hijos, empleando medios y procedimientos cuyo sólo enunciado repugna, a todo espíritu leal? No, no es posible pedir más a una mujer insigne por su talento y dignísima por sus virtudes, que hizo el sacrificio inmenso de trocar la pluma en escalpelo para diseccionar con pulso firme la podredumbre ambiente, que ha convertido la sociedad actual en una repugnante bolsa de contratación de carne femenina y sigue poniendo precio a la belleza y cotizando la gracia, como en los tiempos primitivos.

Hellen Key, que tuvo siempre aquel civismo que enaltece a quien vive las ideas y jamás hace traición a los que estima en más; la convicción sinceramente mantenida, expresó con diafanidad y elocuencia pocas veces igualada y jamás superada, la inmensa gravedad que reviste en nuestros días la falta de sollicitud de los padres cuando confían a manos mercenarias la misión más augusta, la más inherente a la paternidad: la educación de sus hijos. Otro dualismo funesto combatió también: el que que se empeña en diferenciar, en el matrimonio, la satisfacción de los sentidos, de los impulsos del espíritu y de la efusión cordial.

A su juicio, las dos tendencias que arrastran a los hombres, el ascetismo y la sensualidad, son igualmente nocivas y contrarias al equilibrio orgánico y al pleno bienestar de la personalidad. Hellen Key, prototipo de espíritu escu-

spiraba por una real y efectiva transmutación de los valores morales y jurídicos, didácticos y económicos, etc. Las ideas que sustentó acerca de la condición de la mujer actual, y que han ido triunfando en casi todos los pueblos contemporáneos, uno tras otro, vienen a ser algo así como un acorde para concertar y poner al unísono las aparentes, más que reales, disonancias, que sólo advirtieron los espíritus que habían hecho de la indagación de los problemas femeniles un módulo y un sentido de la vida.

Sus acerados y circunspectos análisis, respecto a la situación de la mujer como ser natural y persona jurídica, son, sin duda alguna, veraces y certeros; jamás el apasionamiento ni el criterio sectario sofocaron en Hellen Key el espíritu de la crítica más objetiva. En sentir de la eminente escritora, en ambos aspectos existe una cualidad común como ideal de vida: la simpatía y el amor.

A Hellen Key, que se esforzó por dar a sus profundas disquisiciones una conjunción lógica y concluyente, le acaecaron, algunos de sus contradictores, como defecto lo que en sentir de sus devotos es uno de sus méritos principales: que, llevada de un pensamiento un tanto romántico, prestó al estilo tal gallardía y donosura, cuando hablaba del amor, que se reveló como una gran poetisa. Para la educadora sueca, el carácter distintivo de lo que denomina «el gran amor» es la fecundidad.

Como Emilio Zola, pensaba que las uniones llevadas a cabo con nobleza y cariño intenso, si no son fértiles llevan en sí mismas el fermento de la inmoralidad como todo lo que es improductivo. Y cuando se internaba en la esfera afectiva y trataba de distinguir los infinitos matices de la efusión, solía acertar también, porque no sólo manejaba diestramente el escalpelo, sino que jamás se dejó arrastrar por las apariencias ni por las nociones aprioristas.

No exigía de todas las almas una misma fecundidad creyendo que algo buenos de aportar, todos los hombres y mujeres a la sociedad, y que el genio de la especie no debe contrariarse jamás; pero formuló esta distinción de radicalísima importancia: «Unos deben engendrar los hijos de la carne, cumpliendo los designios de la Naturaleza, y otros, en cambio, han de cultivar el propio jardín, laborando activamente con el espíritu, creando obras bellas y útiles, surgiendo inquietudes o dando plasticidad a los ensueños; en todo caso, lo que importa es la producción. Incumbenotes — agregaba — no desvirtuar la creencia en el amor y los goztes de la paternidad o de la maternidad.

Quizá pudiera contradecirse su parecer de que la especie humana únicamente sería capaz de adquirir el ennoblecimiento y dignificarse si el amor sólo condujese a la procrea-

drinadores, tuvo frases lapidarias, de justa condenación, para las vitandas farsas sociales que implican al régimen actual del matrimonio; discurría muy acertadamente al examinar las tristes consecuencias, a menudo irreparables, que ocasiona la oposición irreductible entre la moral masculina y la femenina.

No se le ocultaba la trascendencia gigantesca que los sentimientos individuales, las conveniencias éticas y las fórmulas jurídicas y la aptitud física revisten en la formación de la familia, ni el serio peligro que suponen la falta de discernimiento y la intemperancia con que la mayoría de los matrimonios se abandona a las contingencias del azar y los estragos que ocasionen la pugna que se establece para el logro de fines bastardos e inconfesables.

## VII

## LAS LEYES CIVILES Y LA IDIOSINCRASIA INDIVIDUAL

Atribuyó sin vacilar, resultantemente, más alcance que a las leyes civiles, a la idiosincrasia y a la educación de los individuos, obediendo en este arduo problema, como en muchos otros de singular importancia, a su criterio amplio, esencialmente científico y exento de toda idea preconcebida, y apartándose de los sectarismos confesionales. Se expresaba Hellen Key con inusitada claridad cuando trató de los medios que debieran emplearse para regenerar la vida conyugal envilecida y encanallada, y esperaba esta regeneración del perfeccionamiento mutuo, como condición indispensable y ley única de las uniones amorosas.

Entendía que el no facilitar la ruptura cuando el cariño ha cesado de santificarla, es no sólo peligroso, sino estúpido y criminal. La sociedad — aducía la preclara escritora — no tiene el derecho de hacer infelices y negar sistemáticamente las puertas de la liberación a quienes, convencidos de su error, pueden redimirse viviendo aisladamente o con trayendo una nueva unión. Tampoco cabe poner en duda — asevera Hellen Key — que el ideal ético y los principios pedagógicos en que se apoyaban el educacionismo y la unión de los sexos atravesaban en la actualidad una crisis que va exacerbándose por momentos.

Todas las instituciones sociales tienden ahora a transformarse; la educación de los jóvenes va paulatinamente modificándose; la indisolubilidad del matrimonio está condenada a desaparecer en un próximo porvenir; cuantos problemas morales relacionanse con la condición femenina, con las distintas formas del ayuntamiento sexual, e incluso con la maternidad misma, se reflejan en el teatro, la novela, el cinema, los tribunales y los parlamentos; son objeto de es-

El concepto que tenía Hellen Key del socialismo estaba exento del criterio de parcialidad, y por esto rechazó sin vacilar su tendencia hacia la consecución de una igualdad absoluta, quimérica, insalvable. Hellen Key creía en el progreso indefinido de la cultura como el principal elemento motor para elevar la condición de los trabajadores, y repudiaba todo cuanto significase la sistematización de una sola idea, llámese violencia o cualquiera otra acepción análoga u opuesta.

## LOS HIJOS DE LA CARNE Y LAS CREACIONES DEL PENSAMIENTO

Si nos fijamos en sus libros más enjundiosos podremos apreciar que responden a tres fases, perfectamente diferenciadas, de su mentalidad exuberante: la primera tuvo como punto de arranque la contemplación de la existencia y el anhelo creador de la cultura; la segunda comprende la esfera del educacionismo integral en sus distintos aspectos, y la tercera, que es la que culmina, establece los ideales de una vida intensa, amplia, bella, confortadora y elevada, a cuyo fin inspirase en las espléndidas imágenes que le presta la fantasía o halla dispersas aquí y allí en la historia del psiquismo de la centuria pasada y los cuatro lustros de la actual.

En sus ensayos acerca de la cuestión femenina, conplejísima y magna, ocupa la misma posición singular y originalísima que en cuantos problemas fijó su mirada escudriñadora. Hellen Key preconizó la creciente necesidad de que no siguieran prefiriéndose por más tiempo aquellos principios indispensables de la vida que han de considerarse como básicos y esenciales; los que conciernen a la subsistencia, la educación, la libertad de las profesiones y el salario, desde el momento que en lo por venir la mujer habrá de llevar a cabo el cumplimiento de un objetivo peculiar y privativo en la existencia. Sin embargo, la educación nórdica fué quizá demasiado artista, y su temperamento asaz poético y su formación intelectual estaban profundamente influidos por las concepciones humanitarias para que pudiera cometer el grave error de la unilateralidad y hacer caso omiso de los imperativos de la Naturaleza en la esencia íntima del espíritu femenino.

Bellos y armoniosos son los paisajes de algunas novelas de autoras inglesas y escandinavas que representan y son aspiración del triunfo que alcanza la mujer como amante o esposa, o como madre. Pero Hellen Key, al defender a título de postulados las reivindicaciones femeninas, más que a realizar una labor estética, tendió a conseguir una profunda y total renovación en el seno de las sociedades, y

tudio por parte de moralistas y juriconsultos; y constituyen motivo de honda preocupación para los espíritus íntimamente inquietados por el futuro de la raza y los destinos de la humanidad entera.

Incluso el divorcio, que, a juicio de Hellen Key, debiera obtenerse con la simple demanda de uno solo de los cónyuges, habría de estar rodeado, sin embargo, de determinadas garantías, ya que representaría una institución semejante al Consejo de familia. Algunas de las soluciones que preconizara al final de su sugerente libro «Amor y matrimonio», son en ciertos aspectos, preferibles a las que actualmente prescriben los códigos civiles de las principales naciones europeas.

Bastará citar un ejemplo para convenirse de la altura de miras con que trató Hellen Key las cuestiones más delicadas y espinosas, como la relativa a la situación aflictiva de los hijos en algunos casos de divorcio. Esfuma que los hijos deberían quedar al cuidado de uno de los cónyuges, concediendo a éste el pleno derecho de regular las relaciones de aquellos respecto al otro.

Esta obra, muy discutida, y que tantas y tan apasionadas polémicas motivó, no sólo está inspirada por una idea elevadísima de matrimonio y palpita en ella un ansia profunda de perfeccionamiento y dignificación humana, sino que al mismo tiempo ofrece tenues matices de una psicología sutil como ondulante. Los capítulos que consagra Hellen Key, en «Amor y matrimonio», a inquirir en el derecho a la maternidad la libre expansión de los sentimientos maternales y su significado y trascendencia social, son dignos de ser respetados. Hay en el volumen antes citado una filosofía de la vida tan honda y entrañable, que nos hace meditar y llenanos el ánimo y la conciencia de luz purísima.

«Amor y matrimonio» convencerá seguramente a quienes lo lean sin tener por anticipado un concepto arbitrario de la lucha de sexos. El máximo problema de nuestro tiempo, el más difícil e inextricable, porque surge de los más íntimo de nuestro ser. Aparte de los puntos de vista interesantísimos que ofrecen muchas de sus páginas inspiradas y casi maravillosas, no es, sin embargo, un libro que cause sorpresa y estupor por lo exagerado de las soluciones. Hellen Key nunca fué extremista, y por esto no trató de gestionar a sus lectores con una fraseología opulenta, pero muchas veces débil, sin valor demostrativo alguno. Es más bien una aportación notable, señera, para el planteamiento del problema femenino, cada lustro más agobiante y difícil, examinado por Hellen Key con un espíritu comprensivo y armónico que revela un vasto conocimiento de los hábitos, usos, costumbres y prenociones que tanta y tan do-

lorosa influencia ejercen en la vida práctica, turbulenta y vertiginosa.

### VIII LA CONDICION DE LA MUJER Y EL FEMINISMO EVOLUCIONISTA

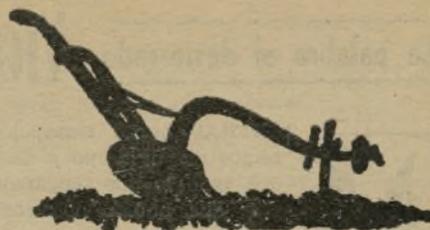
Algunos feministas exaltados que propendían al utilitarismo, en instantes de extravío, dominados por las tendencias exclusivistas a que lleva la visión fragmentaria de los problemas, incluso lanzaron contra Hellen Key el dictado de antifeminista, porque no hallaron en las teorías de la celebrada escritora el sentido radical a ultranza que tanto veces ha puesto en peligro el éxito de las reivindicaciones de la mujer. Pero los anatemas y las diatribas no hicieron mella en su ánimo, que se hizo superior al ambiente enrarecido de la disputa, más que polémica, y prosiguió laborando tenazmente, sin otra preocupación que la de continuar defendiendo con brío el derecho de la mujer y la individualidad femenina.

Aunque la genial escritora permaneció soltera, no quiso capitular ni disminuir su personalidad; su alma estaba henchida de aquellos puros e inefables sentimientos, en cierto modo exclusivos de la maternidad consciente, que muchas veces se confunde con la pobre paridora de hijos, cosa menos respetable de lo que parece.

El hecho de que perteneciera a una estirpe aristárquica, por parte de su madre, emparentada con la más rancia aristocracia sueca, no la impidió practicar los ideales de justicia social que sustenta el socialismo. Y como educadora clarividente y consejera insigne de su pueblo, justera el pensamiento y la actividad prodigiosa al servicio de la causa de los humildes, los explotados y los perseguidos. Nunca, aun gozando de la más alta reputación y cuando era ovacionada a su paso por las calles, tanto eran su prestigio y su popularidad, vaciló en intervenir en las contiendas de carácter político y de índole religiosa.

Seguramente por esto su dilatada y gloriosa labor le granjeó la confianza de sus compatriotas, que jamás la abandonaron. En determinados instantes, los desheredados, las víctimas inocentes de la plutocracia, acercábanse a ella para exponerle sus dudas, sus aflicciones, sus angustias, sus escrúpulos de conciencia, sus crueles torturas anímicas. Cuando una gran desventura les atenazaba el espíritu, dirigíanse a Hellen Key implorando una palabra de consuelo o un auxilio pecuniario que devolviera la paz a su existencia conturbada por el desvalimiento o por el acerbo dolor físico.

# LABOR A REALIZAR



**E**STA sobre el tapete de nuestras preocupaciones, sobre el porvenir del anarquismo, hallar los medios de hacer factible nuestra influencia en la marcha de los acontecimientos y del posible incremento en la propaganda.

Uno de los principales factores que hay que tener en cuenta, a nuestro entender, y una de las principales labores a realizar, y cuya etapa se ha olvidado superar en mitad del camino, es la de decidimos a seleccionar los textos cuya posibilidad de interpretación esté al alcance de los que viven en ayunas acerca del sentido exacto y esencial del ideal anarquista.

No basta, a nuestro modo de ver, editar y editar continuamente. La pedagogía, el arte de saber seleccionar lo que a cada mentalidad le puede convenir y pueda comprender, es la piedra de toque para obtener buenos resultados en la propaganda de nuestros ideales.

La experiencia nos ha demostrado que no todos los seres poseen las mismas facultades de interpretación y asimilación de los conocimientos humanos. Unos seres, con primaria instrucción, sobresalen y destacan por la fácil y rápida interpretación de una tesis. Otros, con cierta preparación intelectual para ello, tardan mucho más en hallar la verdad que ansían comprobar mediante la lectura de un libro determinado.

La psicología de cada individuo, abarca características que le distinguen de los demás. Y este factor es el que hay que saber comprender para que, cuando se recomienda un libro se haga de manera que su lectura no cause lesión moral, ni confusión alguna, en la mente del lector. Darle a cada ser humano lo que comprendamos que puede asimilar, lo que le sea fácil digerir para que vaya formándose una conciencia libertaria que le permita entrar en algunos otros senderos superiores de nuestra vasta y universal cultura anarquista.

Hemos visto, en el transcurso de los años, cómo esta labor especial de divulgación de papel impreso, debidamente seleccionado, ha sido la más eficiente. Muchachos que se creían incapaces de llegar a saludables y auténticas interpretaciones del sentido de la anarquía, han resultado, con ciertos cuidados en la administración de este alimento intelectual, verdaderos y auténticos exponentes de nuestras ideas. Tanto en el terreno teórico y de exposición, como en el terreno práctico y cotidiano de la ostentación ejemplar de las mismas.

El ideal anarquista, por su contenido humano, por su gran tesoro como expresión de la justicia humana y aureola de libertad; por su amplitud de comprensiva tolerancia a la ajena manera de pensar, propende a fincar en los espíritus sencillos, en las mentes no envenena-

das por las religiones y la política banal, al par que desahuciadas de los prejuicios de clase. Es ésta una de las razones por las cuales nuestros adversarios temen tanto su propagación entre el pueblo, sobre todo entre las clases desheredadas y sometidas a ultraje perpetuo por los esbirros de la autoridad; sin olvidar la diplomacia que se emplea en las clases más o menos ilustradas para alejarlas de la influencia de nuestras ideas. Con alguna frecuencia, estas clases llamadas medias, de la intelectualidad, podrían ser más susceptibles de impresionar que las clases humildes. Pero, aun cuando parezca negativa la conclusión nuestra, resultan ser las más propensas a las interpretaciones estatales. Juegan en ello, un factor bastante activo por lo que tiene de convincente para la satisfacción de necesidades primarias, a las que suelen estar más apegados en su obtención, que los menos dotados de posibilidades intelectuales.

No obstante, creemos que una activa y acertada labor en el sentido expuesto, y en el de acercamiento a todos cuantos se interesan por estudiar las formas de alcanzar las metas de un mundo mejor y más humano, que garantice a todos el derecho a la libertad y a la justicia, unido al de satisfacer todas las necesidades materiales de nuestro organismo, habría de dar buenos y fecundos frutos. Repetimos que para ello, se impone una selección de los textos y materias más adecuadas a la edad madura que posibilite en el individuo las exactas interpretaciones sobre las diversas corrientes sociales e ideológicas en juego.

Las concepciones estatales, bajo una forma menos autoritaria o aparentemente más democrática, siempre tiranizadoras de la libertad, están hoy más en boga; pero también ofrecen mayores dudas en su eficacia. Las teorías llamadas en buen castellano, «utópicas», de los Moro, Paine, Cabet, Dejacques, Faure, Fourier, Morris, y tantos otros de los que han contribuido a despejar las incógnitas del pensamiento libre, no son bastante divulgadas para que permitan crear un estado de opinión y de conciencia colectivas que inciten a la libre discusión de las mismas y conduzca progresivamente a la formación de corrientes generales determinantes de actividades y polémicas sobre las nuevas formas de crear una sociedad más libre y más humana.

Ello contribuiría también, a crear un estado de repulsión contra todo propósito de provocar hecatombes futuras en las que los hombres dejarían de ser tales, para convertirse en fieras y verdugos de sí mismos.

H. PLAJA

## La palabra al desterrado



MIENTRAS quede tinta, los desterrados diremos del destierro y de quienes lo provocan todo lo que tengamos que decir. Hoy, más que hablar nosotros solos, dejaremos que hable también, a nuestro lado, un hombre insigne: Víctor Hugo. Esto por dos razones: porque también él fué un proscrito, un desterrado, y porque, ni por asomo, nosotros diríamos las cosas con

tanta claridad y ciencia como él. Claro que Víctor Hugo habló para sus verdugos y para su época, pero todo lo que dijo puede ser suscrito por nosotros, los españoles, para la nuestra y los nuestros.

El pensamiento de Hugo, a pesar de obedecer a hechos concretos y limitados, a fuer de idealismo en la expresión, abarca a otros hombres y otros hechos además de aquellos en los que se inspiró y justificó, y que él mismo vivió. Lo que escribió en 1854 vuelve a ser actual cien años más tarde, pues nos alcanza a nosotros y a todo lo que nos ocurre a los exilados españoles, dada la semejanza de motivos y la similitud de razones que existen. Y, siendo así, idénticos han de ser los argumentos ya que exactamente iguales son las causas.

Víctor Hugo debió exilarse por culpa de un Bonaparte. Nosotros nos hemos exilado por culpa de un caudillo. En consecuencia, enfrentados estamos con los mismos azares y sinsabores que ya debió enfrentarse él.

De otra parte, por mucho que los españoles amemos a España, no la queremos más que el propio Hugo, como veremos más adelante.

Víctor Hugo amaba infinitamente a toda la humanidad, pero nosotros le somos deudores de unas páginas ilustres especialmente destinadas a los españoles, escritas entonces y valederas hoy, que en su honor habrá que reproducir. Esa idea, por lo menos, acariciamos.

Hay, pues, en este orden de cosas una identificación y cierta afinidad: mismos ideales humanos, misma acción consecuente, mismas alegrías y tristezas, mismos sufrimientos, mismo enemigo, mismo destierro. Además, entre la España de hoy y la Francia de entonces también hay cierto parecido. Si alguna diferencia se nota, ésta será a favor de Bonaparte, pues que sería injusto compararlo con el excelentísimo hitler español.

Por la universalidad del pensamiento de Víctor Hugo, bien podemos decir que si viviera hoy no escribiría un Napoleón el Pequeño sino un «Caudillo el Enano» —pequeño sería mucho—, porque enano es, no en cuerpo pero sí en alma, en esencia y en potencia.

En fin, vayamos a ver cómo Víctor Hugo se defendía en su calidad de desterrado y cómo sus palabras, cien años más tarde, pueden aplicarse, punto por punto y letra por letra, a otros hombres y para defensa de todos los españoles que están desterrados hoy como él lo estaba entonces.

Uno de los ideales que con más obsesión defendía Víctor Hugo era la abolición de la pena de muerte como medida de justicia. Estaba refugiado en Inglaterra en un momento en que los tribunales ingleses condenaron a la última pena a un tal Tapner. El gobierno británico había aplazado la ejecución tres veces. Ya se pensaba que

ésta no tendría lugar cuando se supo que el embajador de Bonaparte en Londres había visitado al Ministro del Interior inglés. Dos días después Tapner fué ejecutado.

Henos aquí ante un hecho cuyo ejemplo, las conspicuas autoridades que gobiernan en España, quisieran seguir. Estas quieren hoy que su dictado trascienda más allá de las fronteras. Quieren que en el exterior de España se apliquen leyes, calco de sus arbitrariedades; leyes que hagan de otras naciones lo que ahora es España: una inmensa prisión.

Viendo que Bonaparte se entrometía en los asuntos de la justicia inglesa y que ¡oh, sarcasmo! ésta obedecía, Víctor Hugo, a pesar de su condición de desterrado, dirigió una carta a Lord Palmerston, el ministro, de la cual reproducimos las siguientes líneas:

*«Se dicen cosas, señor, a las cuales yo hago oídos sordos. No, lo que se dice no puede ser. ¡No podría una humilde voz, si ésta es de un refugiado, solicitar desde un rincón de Europa el indulto para un hombre que va a morir, sin que Bonaparte se entere, sin que Bonaparte intervenga, sin que Bonaparte grite: ¡alto! ¡No tiene bastante el señor Bonaparte con una guillotina en Belley, otra en Draguignan y otra en Montpellier, que aún apetece otra potencia en Guernesey?»*

O sea que, traducido a nuestro tiempo, Víctor Hugo diría poco más o menos: ¿aún no están contentos los militares españoles con un millón y medio de muertos? ¿Aún no están conformes con ser dueños y señores de vidas y haciendas en 54 provincias españolas, que aún quisieran reinar allende las fronteras?

Sobre el mismo asunto le dice al ministro de Su Majestad:

*«¿Temería usted dar razón a la víctima por no enfadar al victimario? ¿Colgará usted a un hombre para complacer a un gobierno? No, no, yo no puedo creerlo, no puedo admitir la idea. Aunque... tiemblo por ella.*

*«¿Permitirá la nación inglesa que su reina tenga el derecho de gracia y Bonaparte el derecho de veto?»*

Es decir, ¿osará el émulo de Hitler pedir que otros gobiernos se rijan según convenga a él?

No, decimos los españoles, no podemos pensar que un día ese extraordinario individuo codicie tanto. Menos aún obtenerlo.

No obstante, Bonaparte obtuvo satisfacción. Queda dicho que Tapner fué ahorcado. Incluso hicieron horrores con él, pues el verdugo se colgó a sus pies para mejor estrangularlo con doble peso.

Una vez que la horca cumplió su cometido, el desterrado Víctor Hugo examina los hechos y concluye, dirigiéndose todavía al ministro de Su Majestad:

*«Esto es horrible. Vivimos usted y yo lo infinitamente pequeño. Yo no soy más que un proscrito y usted no es más que un ministro. Yo ceniza, usted polvo. Bien podemos de la nada a la nada decirnos las verdades. Pues bien, ahí van: Sea cual fuere el esplendor actual de su política, por gloriosa que sea la alianza con Bonaparte, por mucho honor que signifiquen para usted el poner la cabeza al lado de la del otro...»*

Así le hablaba Victor Hugo a un ministro inglés, refiriéndose a Napoleón. Eso mismo podría decirse con decenas de miles de agravantes más, del personaje engendrado por Hitler y Mussolini; del hombre que ha perdido todo el prestigio en España —si es que algún día lo tuvo para algunos—; del hombre que rara vez a cumplido su palabra; del que sonríe al exterior e intenta agenciarse una audiencia que ningún español le otorga de buena gana.

Más adelante Victor Hugo continúa, siempre dirigiéndose al hombre de gobierno inglés y refiriéndose a Bonaparte:

«Por magníficos que sean los triunfos en común  
[frente a los turcos...

esa cuerda que se ata al cuello de un hombre,

esa trampa que se abre bajo sus pies,

la esperanza de que al caer se romperá la columna  
[vertebral,

esa cara que se pone azul bajo el velo lúgubre de la  
[horca,

esos ojos sangrantes que saltan súbitamente de su  
[órbita,

esa lengua que sale de su garganta,

ese grito de angustia que el nudo ahoga,

esa alma perdida que tropieza en el cráneo sin poder  
[irse,

esas rodillas convulsivas que buscan un punto de  
[apoyo,

esas manos atadas y mudas que se juntan y piden  
[socorro,

etc., etc.»

Efectivamente, y fácil es comprender, por el lenguaje empleado, que si hoy se dirigiera al sujeto que hace 23 años ensangrentó España entera, Victor Hugo diría:

No, por honrado y franco que quieras aparecer...

ese juramento de honor varias veces incumplido,

esos muertos de Badajoz,

ese martirio impío del pueblo de Madrid,

esas matanzas de Málaga,

y de Zaragoza,

y de Mallorca,

y de Sevilla;

esa destrucción de poblaciones enteras,

ese incendio de Guernica,

esos fusiles que, obedeciéndote, llegaron al rojo de  
[tanto tirar,

esas carreteras manchadas de sangre,

y esos caminos,

y esos campos,

y esas rocas;

esos cementerios bajo la luna,

y bajo el sol,

en invierno y en verano,

a todas las horas del día,

y de la noche,

en los días de hacienda,

y en los días de solemnidad;

esos esbirros matando mujeres,

y esos otros asesinando niños,

COMETIDO TODO IMPUNEMENTE;

y ese deseo sádico de castigar hasta la cuarta ge-  
[neración,

esa persecución contra los que se salvaron que se  
[intenta a cada instante,

ese terror general y particular,

esa insaciable sed de sangre,

ese instinto de hiena,

ese millón y medio de muertos que acusan a...

ESA ESPADA DEL DESHONOR,

a eso,

a ése, pues dicen que es un hombre,

ese nombre que sale de las tinieblas,

que encarna el mal,

que muerde allí donde ve materia que palpita,

que, como el verdugo de Tapner, se coge a las piernas

[del ahorcado,

que las estira para que la estrangulación sea perfecta.

«Señor, dijo Victor Hugo,

eso es horroroso...

y si el hombre que tira de los pies de Tapner es

[Bonaparte,

eso es monstruoso.»

Que lo sepa, pues, el mundo: si los españoles han de ser castigados sin más culpa que la de tener a una excelencia por enemigo, esto es horroroso...

Y si la excelencia que nos persigue es español y además jefe de Estado, esto es monstruoso.

Se dirá, quizá, que no; que lo que mañana pueda hacer el gobierno, del Perú, por ejemplo, que afecte a los españoles exilados, será en aplicación de una ley, jamás por obediencia a nadie, ni a una excelencia ni a un landrú.

Y en este caso, también Victor Hugo nos dió la respuesta:

«Toda la querrela humana puede resumirse en ésta: la querrela del derecho contra la ley.

El derecho y la ley, tales son las fuerzas que se enfrentan.

¿Qué es el derecho? La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada de irrevocable, nada de irreparable; tal es el derecho.

¿Qué es la ley?: el cadalso, la espada, el cetro, la guerra, todas las variedades del yugo, desde el casamiento sin el divorcio en la familia hasta el estado de sitio en la ciudad; tal es la ley.

¿El derecho?: ir, venir, comprar, vender, cambiar.

¿La ley?: aduanas, licencias, fronteras, etc.

Toda la agitación social viene de la persistencia del derecho contra la obstinación de la ley.

El derecho encarnado es el ciudadano; el derecho coronado es el legislador. El exilio es la desnudez del derecho. Nada más terrible que el destierro. ¿Para quién? ¿Para el exilado? No, para el que lo provoca. Siempre el suplicio del desterrado se vuelve contra el verdugo.

Un soñador que se pasea solo en una playa, un desierto alrededor de un soñador, una cabeza envejecida y tranquila, la presencia asidua del filósofo cuando apunta el día saludando al amanecer risueño, una conciencia como único testigo entre rocas y árboles, un cerebro que piensa y medita, cabellos negros que se vuelven grises, la nostalgia del hombre que a pesar de todo no desespera; todo eso es terrible para los malhechores coronados.»

Si, la presencia y tenacidad de los españoles por todo el planeta, su dignidad y su laboriosidad, la resistencia de un pueblo que no se somete, es lo que impide el sueño tranquilo al que no pudiendo ser un gobernante se conforma con ser un tirano, para baldón de España y vergüenza del mundo.

M. CELMA

# LA HIPOTECA

En la casa del señor Manuel Castaneja de las majadas de pan y puerco, gobernada por una cuarentona, de buen ver todavía, tan mansa como discreta; y por la moqueta de hasta nueve o diez años que tan claro manifestaba ya el empuje de la hacienda y que, a título de anijada, el señor Manuel mantenía. Bien que no fuese el más puante de Fontuella, su medio caudal cumplido y por norro de uetas sano, permitía olataronear y nonorearse con los maldagueles de la viga — campanas sin calajo, como el decía, arañando al don sin don —, parte de los cuales conservaban su rancio abolorio a expensas de la trampa.

También el señor Manuel Castaneja tenía talón de Aquiles o punto vulnerable, inadvertido como ocurrir suele del que no ve la viga en su ojo. Murmureo por lo bajo y crítica sorda del señorío en el Círculo de la Amistad entre sojocantes chufletas.

De non como estaba, súbitamente resolvió pasar la mar, duro que el estado de virote iba siéndole; mas tan alto apunto al pretender esposa que erró el tiro. Esta derrota constituyó la comidilla de Fontuella, calificada de avilantez en todas partes. Pudo el rústico propietario uegar a ser, y, en efecto, lo era, acreedor del cabeza de casa grande, don Pedro Bárcena y Villalón, totalmente arruinado; mas no yerno. Mucha vanidad hay en esto por ambos lados, y entrambos de igual modo corridos, que tan mal está la altanería como el descomedamiento, sin que yo sepa cual cosa de las dos es más reprobable.

Como primera providencia, don Pedro vióse apremiado a aprontar el rédito insatisfecho de la hipoteca, no única, bajo la amenaza del señor Manuel de entrarse por el quión hipotecado. Y demás de esto, el orgulloso señor Villalón había de saber que ni elevado de interés a mayor escala, como anteriormente, avendriase la parte dinerosa a ningún convenio que aplazara la cancelación de la expresada hipoteca al expirar el plazo fijado de mancomún, so pena de hacer dicha parte uso de su derecho. Y dijose para su capote Costaneja:

— Adarves más altos han caído. Vivir para ver...

Por lo general, en el casino lugareño se desarrolla la detracción como en un gimnasio el músculo. Aula de plepas y criadero de malicias, en que lo menos dañino es el naípe, con ser nada saludable. Cobrándose andaban del pellejo de Costaneja, ausente, quien acababa de entablarse en cierto trato de monta sobre ganado lanar a toma y daca—unas doscientas cabezas—cuando irrumpieron en el salón a echar el alboroque los interesados en el negocio y los mediadores u hombres buenos. De todos fué vista la pirámide de billetes, lo que supuso avivar deseos, suscitar envidias y despertar hambres...

— Ceferino, abre el balcón, que no se puede resistir el olor a comejonera que ha dejado esa gente.

— ¡Uf, qué peste a dinero de sacristía!

— Vale mucho ser hijo de un arcipreste...

— Vamos, vamos, señores — objeta un cuarto, acreditado de persona sensata —, que no son tales colaciones de esta hora, ni expresiones así pegan a caballeros como ustedes de gran supuesto.

— Ciudadano señor Melchor: Usted se llama Melchor, teca expira hoy, y yo vengo a que usted no diga cuéles

pero de rey mago no tiene ni esto, a fe mía.

— Ni punejera jaita que me hace.

En aquella casa — mas de trato que de labor —, por el anejo bodeguil alongada y engrosada hacia la parte opuesta por el huerto, los quenaceres empezaban a rayar el alba. De todo cogíase para el año, y si de guilla, con creces. No obstante, el señor Manuel era más nombre de cambalachne que cosechero. Solía decir del dinero que había que darle las tres vueltas de San Antón cuando menos para que cuniera. Por procurario en demasia construyó la bodega, sujetándose al negocio del vino; aun le iba por las nientes meterse en la maquinaria, a propósito del jarraiz de que creía hallarse falto el ouvar joven, legua y media distante.

De buena mañana ensillaba la yegua pia y caballero en ella iba dándose acato de propio y ajeno hasta uegar al aprisco. Tenía encarecido el pastoreo a la buena de Dios por miedo a las denuncias, y otro tanto por desconfiar incluso de la camisa que puesta traía. Entre tanto las mujeres realizaban las jaenas de la casa, a la que daba cierta apariencia de mesón el enorme portal, dentro del cual cabían holgados carro y carrillero, aperos aquí y allá y todo género de talabartes, sin menoscabo de la escalera, en revuelta, no más entrando, que debía de ser oscura y pendiente, sin pasamano, salvo el exiguo que los tres o cuatro peldaños visibles protegía: tras el portón del fondo, con escandaloso cerrojo largo, la cuadra y la corrada, de donde partía la escalerilla yrona hasta la portezuela del huerto. Enrejados hórreos, en los altos; dos ventanas sobre el balcón de material, muy cuco.

Desde la calle avisan para echar el huevo en el horno, masado que hayan; y a grito pelado son también otras admoniciones.

— El pobre de los viernes, tengan lástima. (Silencio). Tengan compasión del pobre de los viernes (sólo un can oye la cantaleta cara al mendigo). ¿Qué hace el pobre de los viernes, digan, perdonar o agradecer por Dios?

El mendicante no ve la caridad con que por la ventana le socorren, un cuarto, y otra pobre de pedir levanta la limosna del suelo y se lo entrega. Transcurre la mañana en medio de un gran sosiego.

Aún el señor Manuel viniendo del campo no había llegado a su casa cuando tuvo conocimiento de la visita que esperándole estaba, y fué la mayorala quien lo paró de propio y al arrimo de la jaca le espetó la novedad. No dijo oste ni moste, sino que arreó la cabalgadura.

La mayorazga doña Elvira, en efecto. Pero... ¿a qué santo? Estaba la salita del balcón en penumbra, y la ahijada haciale la visita. Si que limpio, todo de traza humilde, trascendiendo a lugareña felicidad. De más lejos venía un tujillo de sabrosos condimentos.

El señor Manuel penetró en la habitación un tanto azorado. Visibles diferencias había entrambos, destacando la de los años principalmente.

— Estoy a sus órdenes.

— ¿Qué tiene usted pensado hacer con nosotros?

— No comprendo.

— Manuel, el plazo convenido para levantar la hipoteca

son sus intenciones, visto que mi padre no sólo no puede cancelar la operación, pero ni siquiera satisfacer el rédito caído de la misma.

— ¿Y entonces... ?

— Eso es como preguntarle a la luna.

— ¿Ha contado usted con su señor padre para dar este paso?

— No.

— Asunto en sí mismo dificultoso, doña Elvira. Estas cosas se ventilan mejor entre hombres. Si el señor don Pedro no soporta venir a mi casa, que me hubiese llamado a la suya. Vivimos en un tiempo... No me acordaba de que estoy hablando con usted, perdone.

Viendo los lagrimones de doña Elvira, asaz amargos, al señor Manuel antojósele que lloraba por aquellos ojos la soberbia, mal avenida con la pobreza...

— Empeñar por no vender implica sujetarse al cáncer del rédito, enfermedad del señorío de Fontuella. ¡A buena hora se pone esta hidalga pobrería en manos del operador! ¿Por dónde meter el bisturí, no habiendo en el cuerpo parte sana? De la ruina no cabe sacar otro provecho que el de la conformidad.

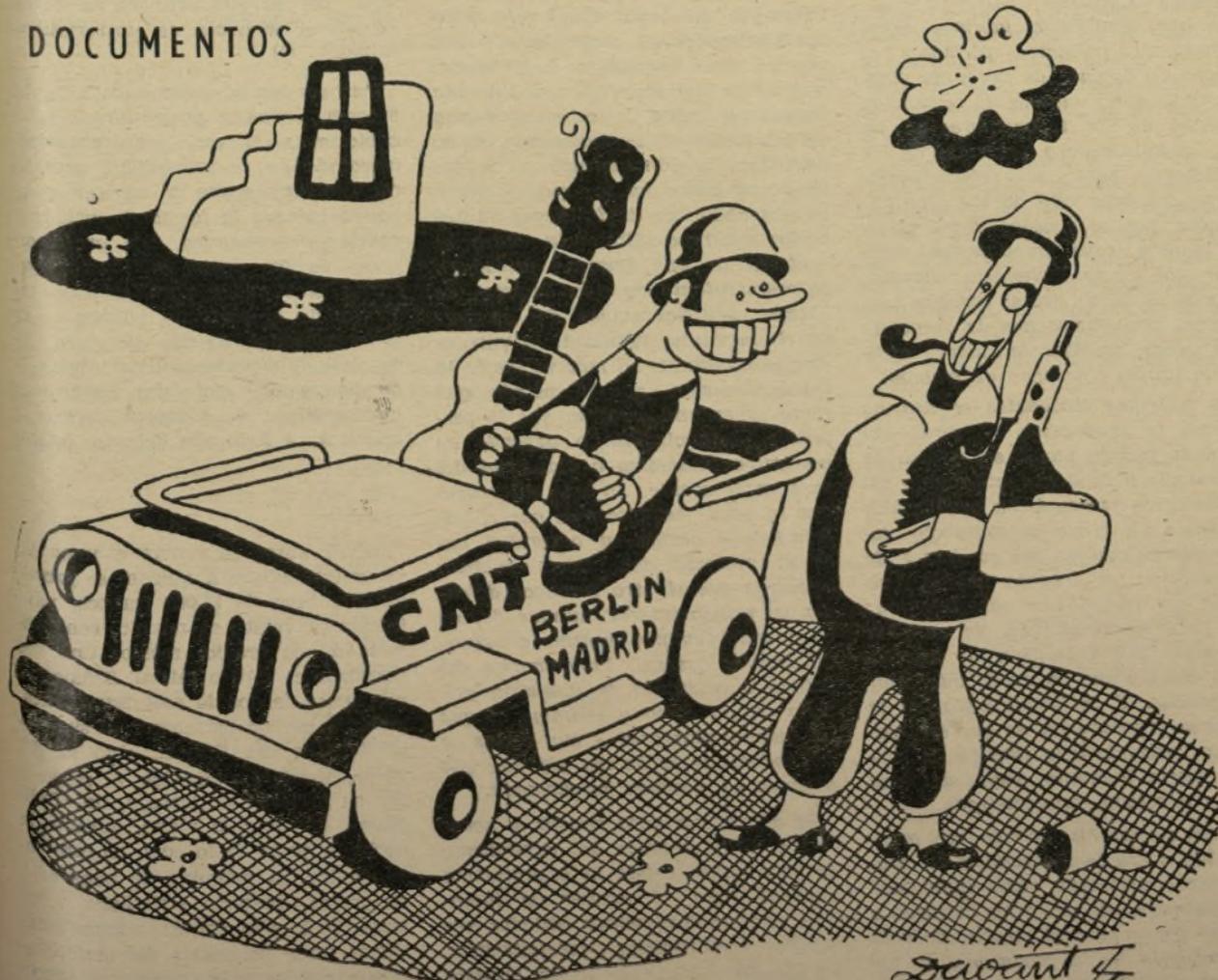
— Quien conformarse pueda y sepa. Venir a menos es triste...

— Mucho diría sobre el particular, pero opto no meterme en laberintos de difícil salida. En resolución : el quión hipotecado queda libre. Véndanlo al mejor comprador y reintégrenme la totalidad de mi dinero, menos el interés percibido anteriormente inclusive. Y usted, doña Elvira, váyase con el convencimiento de que no obró con miras egoístas, ni antes ni ahora; que no por salir de pelantrín puse en usted, mayorazga, los ojos, sino para que fuera usted señora y dueña de lo mío. Ha sido menester que nos acercase y comparase la vida para hacerme cargo de lo que va de usted a mí : mucho y... tal vez nada.

Doña Elvira, una vez en a calle, cayó en la cuenta de que no le había dado las gracias al señor Manuel Costaneja, bien que éste pagábase poco de tales cumplimientos. Acarició al perro guardián — ¡cuánto más agradecido! —, y, subiendo los escalones, entró en la cocina a comer.

PUYOL

DOCUMENTOS



Sacant 7/3

Año 1944

Entre españoles :

— Nos han dado palabra que primero Berlin, después Madrid.

# ¿En dónde estamos?

**D**IEZ años casi nos separan de la primera mitad del siglo y el cuadro que nos presenta la sociedad en la que evolucionamos no ofrece ningún motivo de gozo. Bien es verdad que este cuadro ha sido pintado y repintado mil veces con colores mucho más vistosos que los de mi paleta. La artesanía y los pequeños fabricantes de antaño, incapaces de competir contra las grandes empresas, han sido reducidos al papel de distribuidores de mercancías en cuya confección o fabricación no han tenido arte ni parte.

Se han construido fábricas cuyas dimensiones colosales permiten el empleo de docenas de miles de obreros. Sin duda alguna la condición material de los trabajadores se ha visto mejorada para preverse de los accidentes; pero, si reflexionamos acerca del desarrollo de los acontecimientos que se suceden sobre nuestro planeta, cabe preguntarnos también cuál es la influencia ejercida, dada la forma en que se realizan esas enormes concentraciones de mano de obra, sobre aquéllos de quienes utiliza la propia capacidad de trabajo.

En términos elocuentes se nos ha descrito la producción en serie, excluyendo cuanto pueda ser propio de la fantasía individual, rechazando toda iniciativa personal. La producción, siguiendo un ritmo preconcebido, establecido al margen del conductor de la máquina, el «obrero unidad», no puede ser tomado en consideración; sólo debe ser el ejecutor de un plan preparado con antelación por los técnicos con los que no puede intervenir ni discutir. Y lo hemos visto, en la inmensa organización en que está envuelto, reducido a la función de simple resorte anónimo, cuya actividad está controlada, cronometrada.

¿Qué efectos ha ejercido esa organización sobre la mentalidad del trabajador considerado como individuo? Seguramente que no le ha inducido a pensar por y para sí mismo. Toda la organización de la producción se basa sobre la disciplina más estricta y sobre la obediencia pasiva. Principio, interrupción y cese del trabajo, e in-

cluso la visita médica, está supeditado a horas determinadas. El obrero, actualmente, no puede darse ningún capricho ni jugar con el horario impuesto sin exponerse a sanciones más o menos desagradables. Todo está previsto y predestinado: pago de quincenas, distracciones, etc., etc.

Se ha demostrado que durante las horas pasadas en el taller, en la fábrica, en la oficina, etc., el asalariado era el servil ejecutor de la voluntad ajena, de sus directivas y de sus órdenes. Se ha calificado de «caporalismo» la situación resultante para las masas obreras, aceptada por ellas gracias a la aceptación de concesiones de orden material, no llevando ningún perjuicio a la omnipotencia de los dueños de la producción, jefes, directores y administradores de los establecimientos en los que se realiza el trabajo. Y, desde luego, no hacemos ninguna diferencia entre el «patrón» de una empresa privada o el representante de una empresa de Estado. Los dos exigen de «su personal» la misma sumisión. El patrón-Estado no admite ni más ni mejor la insubordinación, que el patrón que reina sobre una empresa que le pertenece personalmente o depende de un grupo financiero o industrial del cual es el agente. La sola diferencia que se puede establecer es que el patrón-Estado abriga su autoridad bajo el pretexto del interés público, mientras que el otro reconoce defender su propio interés, aunque de vez en cuando también esgrima el «coco» del interés general. Funcionarios del Estado o capitanes de industria privada tratan como a enemigo al que no quiera adaptarse a sus reglas, a sabiendas que es de esa sujeción que depende su posición privilegiada.

Se aduce que para resistir y hacer frente a la empresa del capitalismo de todo color, existe la organización sindical. Pero, al parecer, si juzgamos por los documentos editados por obreros sindicalistas recalcitrantes, en los EE. UU., país de las grandes sindicales, éstas no se preocupan ni poco ni mucho del desarrollo del libre examen entre sus adherentes. De

La servidumbre humilla a las gentes hasta el punto de hacerse amar.

VAUVENARGUES

vez en cuando se notan protestas acerca de la imposibilidad de que existe para el afiliado individualmente considerado, de elevar su queja ante las decisiones adoptadas por las altas jerarquías sindicales — o que el solo derecho atribuido al sindicado es el de pagar sus cotizaciones y obedecer ciegamente las órdenes de los dirigentes. En fin, la organización sindicalista es copia de la organización del Estado, por lo que no representa un factor de liberación ni una enseñanza de autonomía individual, por lo que cabe el no extrañarnos si se habla de «imperialismo sindical». (1)

Una vez reunidos todos los hilos del proceso, podemos preguntarnos razonablemente si esa «caporalización» inyectada en la mentalidad proletaria, no predispone a aceptar cualquiera que sea la forma de dictadura política o económica, con gran sorpresa de los doctos optimistas que creían terminadas para siempre las épocas de absolutismo político y de poder personal. Existen sin duda, toda clase de dictaduras: de técnicos y de banqueros, dictadura oligárquica y teocrática; de censura literaria o artística. A todo ello debemos añadir

(1) El autor se refiere a unos jóvenes estudiantes a quienes se provee de una beca de 25.000 francos, para iniciar su vuelta al mundo, condicionada a sus propios medios una vez liquidado el viático inicial. Señala las peripecias de dos de esos estudiantes, quienes, por no pertenecer al sindicato del sur del Illinois, sino al del norte, estaban obligados a resguardar su material de trabajo, un «Bulldozer», armas a la mano, durante la noche, a pesar de lo cual, en otro caso similar, la máquina de unos amigos suyos, apareció acribillada a balazos. Todo ello debido a interpretaciones muy singulares del sindicalismo, y que el autor no quiere tomar al pie de la letra señalando que se impone, para su aserción, una verificación estricta de los hechos.

la apatía de las masas sin reacción a las constantes violaciones a la libertad del individuo. Yo sé perfectamente que las masas no han sentido nunca ninguna emoción ante el hecho de que un empleado de aduanas haya interceptado un libro que se juzgue contrario a la moral en voga en su propio país. No obstante, ha habido momentos en la historia del mundo en que los proletarios, muy numerosos se erguían contra la recogida de periódicos antigubernamentales.

Existen abundantes escritos que marcan la estupefacción de los espíritus generosos ante la indiferencia, ante la pasividad de las clases laboriosas, ante los ataques contra la libertad de expresión y de divulgación de ideas. Se cometen injusticias y se pronuncian inicuas sentencias; seres indefensos son sometidos a la tortura, a la mutilación, a la violencia, organizada o no, imponiendo sus "nobles" soluciones. Nadie protesta, y cuando ella se manifiesta, obedece a menudo a una intervención dirigida.

La Declaración de los Derechos del Hombre es una broma pesada. Las leyes, el contrato social obligatorio, los prejuicios, las tradiciones, se movilizan todas contra "el único", el "individuo", que quiere expresarse libremente, unirse a sus semejantes. Solamente se le tolera a partir del momento en que acepta limitar su verbo, sujetar su pluma en sus exteriorizaciones artísticas; sujetarse a lo circunstancial en sus distracciones y en su vestimentaria. El hombre no goza de ningún derecho efectivo; solamente es tolerado, o uniformado. He ahí la situación en la que nos hallamos.

Sería partidario de que se llevase a cabo un estudio serio, interesándose en la responsabilidad de la gran productividad industrial; que se interesara por las condiciones en que ella se efectúa, a través de los acontecimientos que parten del principio de siglo actual: amontonamiento de obreros en gigantescos edificios, obligados siempre a la ejecución del mismo ejercicio; imposibilidad de reacción y de información, etc. Los conductores del "juego" social están en lo suyo: imaginad, en un juego de cartas una que no quiera obedecer al jugador: todo el edificio se hunde.

Yo no quiero, bajo ningún concepto, sembrar el pesimismo entre mis lectores, me limito a hacer constataciones. Es, si cabe, un aviso o un

consejo para precaverse uno mismo, pese a la influencia ambiental sobre nuestra conducta. El remedio a una situación que se agrava continuamente permanece para nosotros, individualistas, la substitución de la obligación social por la práctica de la "soberanía individual".

Soberanía del individuo en materia económica quiere decir tractación de grado entre productor y consumidor, poseyendo aquél el medio de producción que no puede valorar más que por el mismo, o de acuerdo con sus asociados eventuales. La soberanía del individuo, implica la supresión del intermediario o impuesto entre el productor y el consumidor, sea cual fuere ese intermediario, agente de una empresa privada o representante del Estado. La supresión del intermediario (del alcahuete legal), implica la supresión del redactor de códigos, del fabricante de decretos, del gobierno, no concede lugar al intermediario, sin que se le solicite para ello.

La sociedad sin gobierno no puede concebirse más que entre seres que hayan renunciado al empleo de la fuerza, a la violencia bajo cualquiera que sea su aspecto. Lo que hay de cierto es que esa sociedad sin gobierno puede realizarse entre nosotros, asociándonos para constituir formaciones culturales y económicas, en cuyo seno no florecerá en quinquiera que sea la idea de ser jefe de gobierno: por otra parte, como no concebimos ninguna unión o asociación

sin la conclusión anterior de un contrato, toda dificultad desaparece.

Nosotros no pretendemos que la mentalidad general esté madura para practicar la "soberanía del individuo" y de la "reciprocidad" como base de relación entre los hombres, o provista de una simplicidad capaz de practicarla. Ello no es culpa nuestra. En espera que el péndulo de la humanidad oscile del lado individual para curarse de su indigestión social, haremos lo posible, aislados o asociados, contribuyendo con nuestro intelecto, para sustraernos a las garras de la obligación, importándonos poco el color del estandarte bajo cuyos pliegos se pretenda envolvernos.

E. ARMAND

Traductor: F. FERRER

Nota del traductor. — En varios números de "CNT", firmados por colaboradores que viven en el otro lado del Atlántico, hemos podido observar hechos que podrían abogar favorablemente acerca de cuanto E. Armand señala.

Dicho sea de paso, el veterano anarquista no pone en tela de juicio el sindicalismo de raíz internacionalista, tal y como fué concebido y reflejado en la Carta de Amiens, hacia el que van sus simpatías, aunque no comparta algunos aspectos de su desarrollo y finalidad, debido a concepciones propias que nunca cesó de propagar.

En todas las cunas vuelve a empezar el infinito.

★

Hombres, entendedos; venid y dejad de combatir; vengo hasta vosotros descalzo a suplicar a los leones y los tigres que dejen de ser fieras para convertirse en hombres.

★

Monstruos, no os asesinéis los unos a los otros!

★

¿Acaso ha de haber siempre madres llorando a sus hijos muertos en los campos de batalla? ¿Siempre hemos de ver ensangrentados cadáveres sobre las mieses y en las orillas de los ríos? ¿Se han de oír constantemente los lamentos de los huérfanos, de las viudas y los ancianos?

★

Tiempo es ya de que dejemos tranquila la tierra para que en ella crezcan flores, viñas y trigos al soplo benéfico de la paz.

Mensajes

de

Victor

Hugo

# La brújula de la ley moral



**H**ABLEMOS claro, aunque, muchos, calificarán de herejía lo que voy a decir. Hace falta, pero muchísima falta, definir y codificar la moral. Cosa que no se ha hecho todavía, que sepamos, de una manera formal, concreta y universal, en el concepto de universalidad restringido de nuestro mundo. Y no digo que no se ha hecho de una manera definitiva, porque, la Moral, evoluciona con los tiempos, no obstante contenerse en ella principios fundamentales inmutables.

El plan sería llevar a cabo, pues, esta definición y esta codificación, y quizás fuese un buen medio realizar una encuesta o consulta mundial pidiendo definiciones y codificaciones de la Moral a todos los seres humanos, pudiéndose entonces hacer un resumen o una exposición «in extenso» del estado actual de esta cuestión en todas las maneras de pensar; en todos los criterios; en todos los puntos de vista. Yo creo que daría buen resultado, pues el ser humano es muy aficionado a dar consejos, y los mismos malvados (que si los dejan hablar no les ahorcan), serían buenos aportadores de criterios, sencillamente, porque ellos dirían «como quisieran ser», e indicarían, inconscientemente acaso, «como quisieran que se les tratase», en el supuesto de que se ignorase «cómo son».

Ahora perdonadme las siguientes comparaciones: El sistema indicado es el que emplea el hombre, desde que vino al mundo, para conseguir, de los millones de millones de los variados granos comestibles; de los millones de granos de uva; de los no menos numerosos de aceitunas, etc., etc., un producto único y uniforme. La Humanidad es eso; las criaturas aisladas poco significan. Reunidas y unidas, lo pueden todo. Se habla de la Unión para el Bien; pues, sin duda, ésta sería la mejor obra conducente al bien integral: definir y codificar la Moral, y después llevarla a la práctica.

Que este intento, proyecto, obra, o como queráis llamarle, tendría detractores y enemigos, francos y abiertos y encubiertos y solapados, no cabe duda. Este formidable movimiento por el Bien y para el Bien, encontraría enormes resistencias y tropezaría con escollos poco menos que insuperables. La definición de la Moral y su Codificación; y más todavía la aplicación práctica de la convención o acuerdo, produciría profundos movimientos en todo el mundo motivados por el elevamiento de unos valores humanos y el hundimiento de otros. Conmoción inmensa, incomparable con cuantas se han sucedido hasta el presente.

Es evidente, que dicha consulta habría de ser muy bien dirigida y organizada; yo la supongo realizada a base

de un Cuestionario, sabia y hábilmente redactado. Por ejemplo:

- A. — ¿Qué entiende usted por moral?
- B. — ¿Cómo debe comportarse el ser humano, según su edad, con sus familiares; con sus compañeros y amigos; con los desconocidos; consigo mismo?
- C. — Formule Ud. el criterio que tenga con relación a la Moral, de todos los puntos siguientes, parte de ellos, o de otros nuevos que a Ud. se le ocurran: Su criterio sobre la Ciencia, el Arte, la Justicia y los jueces, el Amor, la Libertad, el Honor, el Robo, el Homicidio, la Guerra, la Política y las Autoridades, la Religión y sus Sacerdotes, la Enseñanza y los profesores, la Cultura, los Deportes, el Comercio, la Procreación, el Progreso, la Locura, las Epidemias, la Paz, el Trabajo, los Idiomas, las Fronteras, la Pena de muerte, los Diarios, las Revistas, los Libros, la Radiodifusión, la Muerte natural, etc.
- D. — Relato de algún hecho que considera moral el consultado.
- E. — Relato de algún hecho que considere inmoral.
- F. — Aportación de su Código moral personal (si lo ha redactado) y si no, que lo redacte.
- G. — Como resumen de todo lo expresado y de cuanto se pudiera añadir, redacción de un Código Moral aplicable a tal o cual país, a tal o cual Continente, o a todo el Mundo uniformemente.

★

Y si por algo, aunque pequeño, han de empezarse las cosas grandes, me permito poner en conocimiento de mis lectores el Código Moral que yo mismo me confeccioné hace tiempo.

Me digo yo a mí mismo, lo siguiente:

1º) Ama a la Naturaleza, cuyas leyes son infinitas y eternas, a las cuales estamos todos, y está todo sometido. Llama a ésta, Alma Universal, Destino, como quieras, pero ámala porque es esencialmente buena, aún siendo única y no teniendo punto de comparación. Las maldades y las injusticias siempre son producto del cerebro humano, propenso a enfermar.

2º) Ama a tus semejantes. Haz el bien por el bien mismo sin esperar recompensa, y aun pagando bien por mal, pues no has de ponerte jamás al nivel de los malvados. Cree en una Aristocracia: la de la inteligencia y la bondad, que también es una sabiduría, y procura pertenecer a ella.

3º) El centro de tus preferencias debe ser tu familia: tus ascendientes y tus descendientes; entre los que no eres más que un eslabón de enlace; inmediatamente des-

pués, el país donde naciste, por el que eres lo que eres y como eres, y todo el Mundo. Estos tres grandes círculos han de ser los baluartes contra el odio, y tus instrumentos para la práctica del Amor y de la Paz.

4º) Ama la Cultura y tómala por compañera desde tu niñez hasta tu muerte, por longevo que seas. Sé siempre estudioso y estudiante y no te creas nunca capacitado para ser maestro, título que los demás te darán si lo mereces. Aprende todo, lo bueno para practicarlo y recomendarlo; lo malo para apartarte conscientemente de ello y poder señalarlo a los demás como nocivo. No prometas lo que sepas que no has de cumplir. No hagas estando solo lo que no harías en la plaza pública. Adquiere las virtudes a cualquier precio de tus sacrificios, y reparte el tesoro de tu bondad y tus consejos, como el Sol da la luz y la Fuente da el agua, a todos, y siempre generosamente.

5º) Descúbrete cuando pases ante una Escuela o un Hospital; son los laboratorios de la salud del espíritu y del cuerpo, en los cuales tienen lugar los más ignominiosos sacrificios, que son los verdaderos; los que no se hacen a cambio de algo.

6º) Ahuyenta la pereza, la vanidad, el orgullo y la soberbia, la envidia, la avaricia, la gula y la lujuria. Procura conocerte a ti mismo y dominarte. La ira es el peor consejero, así como la ternura es la más sólida palanca para ganar voluntades, que son nuestra fuerza y la luz de nuestro destino.

7º) Colabora en la fundación de Bibliotecas y Museos; éstos son los templos del saber, formados por el talento y la experiencia de miles de hombres eminentes, abnegados y humanitarios, que dieron todo su saber, todas sus energías, y a veces sus vidas, para el bien de todos sin distinciones ni preferencias. Allí encontrarás todo lo necesario para instruirte y moralizarte.

8º) Ten en gran aprecio tu Libertad y tu Dignidad. Estas son las condiciones esenciales de la vida. Quien obra por imposición o está avergonzado de sí mismo, está peor que muerto, y raramente puede regenerarse, porque perdió su sensibilidad espiritual, que jamás se recupera.

9º — Existe una constelación en el cielo moral de la Humanidad, formada por cinco estrellas; las cinco letras que constituyen la palabra MADRE. El amor a la Madre ha de ser tu principal culto, viva o muerta. Puedes tener otros, pero este ha de ser el más luminoso, el más ar-

diente, el más vivo y activo, porque este amor es la cohesión y el cemento que queda siempre aunque desaparezcan todos los demás. Y queda siempre, porque es la compensación natural y recíproca del amor de la Madre, que no falla nunca. El día que existiera una madre que aborreciera a sus hijos, se disiparía la Humanidad como un puñado de harina frente al huracán.

10º — Trabaja con placer y con entusiasmo, no con pena y a disgusto, pues el trabajo es el elemento principal de la Paz, del sosiego familiar y social y de la Moral. Considera la Muerte como una Ley Natural, invariable, exenta de castigos y preferencias. Estate presto a recibirla con indiferencia en cualquier momento, pues, siendo bueno, no puede significar más que reposo y Paz definitiva. Quien sufre moralmente al morir, es que tiene remordimientos.

★

Cualquiera puede mejorar este Código Moral, variarlo o ampliarlo. Haz tú el tuyo, lector hermano, y obsérvalo como una Ley que tú mismo te estableces, y serás *bueno* que es el primer peldaño de la escalera infinita de la felicidad.

A. C. — 1905.

★

En mi referido artículo «Ética» defini la Moral «a mi manera» pero la definición de la Moral no ha de ser «a la manera de uno» sino «a la manera de todos» que es cuando será verdadero reflejo de la Naturaleza y obtendrá su grado máximo de realidad y de universalidad.

Podemos admitir que, actualmente, la Moral, es un Ideal de los buenos, dispersado y desigualmente repartido entre los seres racionales. Definirlo, unificarlo y codificarlo en este momento, y acordar el sistema de evolución lógica de este Ideal, debe ser motivo de meditación, de abstracción y de realización, de todos los hombres que anhelan merecer este nombre con todos sus honores, y de una Humanidad digna de ostentar cerebros en sus cabezas y corazones en sus pechos y no piedras.

Nuestra intención es buena; pero nuestras fuerzas quizás sean insuficientes para colaborar eficazmente en esta obra magna de Razón Pura, conducente a encontrar la Brújula que nos señale el derrotero de la Moral.

Alberto CARSI

## NOTA

La leyenda que insertamos al pie de la figura de don Quijote, reproducida en el número 104, la encontrará el lector en el capítulo XLV de «Don Quijote».

# Gorgo... o la senda vacía

**D**ICEN que Gorgo es un hombre. Yo lo conozco. Verás.

— Un pobre tipo... — suele decir la gente al verlo pasar. Tipo. Poca cosa. Casi nada. Es triste ser apenas un « tipo » para la gente. Es triste.

Nunca ha conocido la importancia de llevar un nombre. Gorgo es vacío, como las dos oes que lleva su nombre... Y es vulgar.

En su cara pálida y trasnochada de burlador burlado a veces pinta el tiempo una mueca ligera de burla o ironía. Pero no dura mucho, porque el tiempo de Gorgo nunca se queda en sus ojos o en sus manos.

Es el «Hombre Efímero» de Relgis.

Es el destinatario exacto — por materialista y antiespiritual — del «Canto Al Hombre Sin Sueños» de Des-cotte.

Una lámpara opaca. Un traje. Zapatos nuevos. Un mosaico de color. Nada más.

... ¡Y qué envidioso, es! Tal vez por eso.

Yo sé — todos saben — que vive triste, y eso que no está solo.

Dicen que es porque no puede explicarse la *superficialidad de lo trascendente*... Sin embargo, cuando cierra la puerta de su casa y marcha entre la gente, intenta una sonrisa. Y hasta le sale bien... Y no es artista.

Siempre lee revistas con temas casi serios. Usa lentes al aire para que — por detrás de sus cristales, los otros — él no importa — lo vean mejor.

Saluda poco, como queriendo guardar recta en su centro su cabeza cuadrada.

Vigila con soberbia a los que no lo miran, y busca moneditas en la fuente cuando lo mira alguno.

Todos dicen :

— ¿Por qué... ?

Sólo él sabe por qué.

Por eso es en la calle, cuando olvida su tiempo quebrado y sus hombros caídos.

Porque puertas adentro, es jefe de familia.

— Tú me lavas el piso.

— Está bien, mujer...

Y ya no se habla más. Gorgo es un hombre que no ignora principios.

A veces discute, sí. Pero eso le viene bien para que no esté su senda tan vacía.

Suele enterarse por radio de la situación del Mercado para vender la majadita que no tiene. Oye música clásica. La más difícil; la misma que escuchan — sin quererlo — cien veces a la redonda.

El es tal vez el único que no entiende ni una clave.

— Pero eso queda bien... Y está bien. —

Así razona. Breve, repitiendo las cosas para no equivocarse. Porque desde que él y su mujer vieron quebradas sus carreras universitarias por un silogismo...

— ... Que al fin es cuestión de letras... y no hay caso.

A-B... B-C... y nos perdemos... — como suelen decir, buscan lo más sencillo.

Lo menos intrincado.

Y está bien.

A veces salen los dos a enfrentar a la gente — Calvario sin Calvario — y la vida les ofrece el mosaico de viticos que no tenían.

... Por ejemplo, saludar. Sí, saludar y buscar la amistad de los amigos de sus enemigos, para después punzar.

Porque así también llena Gorgo en el valle su senda vacía.

— Y los domingos, pescar.

Eso sí. Soportando la caña y esperando, se le ve mucho mejor. Más como es : un pescador de sombras.

¡Y qué gloria en la boca cuando logra una lisa, por pequeña que sea!

Tal vez en su Oficina nadie pescó una lisa. Por supuesto que no... Al menos en la Oficina.

Una chispa de burla y un aire de superioridad se le queda en los ojos y en los labios, y él es... ¡Gorgo! — ahora tiene un nombre : el que dirán los hombres y mujeres vacíos de su sociedad pequeña, circular y prefabricada, que no pudieron pescar.

La calle será corta para sus pasos largos, por eso. Poca tan poco.

... Pero lo Poco es Algo cuando sin Algo siempre la senda está vacía.

Ya ves que lo conozco. Tú también lo conoces. Tú lo has visto pasar...

PABLO R. TROISE



DE UNOS  
A OTROS

# Preguntas y respuestas

1a. Un lector quiere saber por qué la palabra Alaiiz tiene origen vasco; agrega que algo en sentido afirmativo se ha escrito en esta revista.

Respuesta. — En efecto, el mismo compañero Alaiiz ha repetido muchas veces que su nombre venía del vasco, que tenía etimología vasca. Porque lo decía el que escribió aquí. Desde luego, adelantamos que ningún documento poseemos que pueda justificar lo que decimos. Se ha dicho que Alaiiz viene del vasco porque Felipe Alaiiz lo decía. Lamentamos tener que responder así, pero no podemos dar otra clase de satisfacción. Si esta pregunta hubiese sido hecha en vida del malogrado compañero en cuestión, seguramente que la hubiese respondido, ocasión que hubiera aprovechado para dar al mismo tiempo, una lección estimable de filología. Ahora ya es tarde para esto, no obstante invitamos a nuestros lectores vascos para que la cojan por su cuenta y la respondan. Por nuestra parte, les aseguramos que sus líneas serán favorablemente consideradas.

2a. Otro lector nos pregunta por el significado de la palabra «wali» que ha encontrado en un texto de literatura italiana en la cual se presenta a dicha palabra como si tuviese origen español.

Respuesta. — No haced mucho caso de las palabras raras que puedan emplearse en literatura. La mayor parte de las veces no tienen otro objeto que la de ornamentar un escrito y darse tonos «misteriosos».

A «wali», desde luego puede, de cierta manera, presentársela como palabra española. Sin embargo, no lo es. Veámoslo:

La historia de España nos habla de que los moros dominaron en ella manteniéndose en su territorio cerca de 800 años. A la muerte de Abd-el-Rhamen, que tuvo lugar el 7 de octubre del año 788, le sucedió Hachem que fué uno de los guerreros moros más decididos a ensanchar los dominios del Islam. Este Hachem fué una especie de Hitler pidiendo sin cesar espacio vital. Tal ocurrió que, cinco años después, 793, lanzó a través de la montaña pirenaica en dirección Este y Norte todo un ejército de sarracenos que en pocos días conquistaron lo que hoy se conoce con el nombre de Languedoc. Al mando de esas tropas iba el «wali» Abd-el-Malek. Hachem muere tres años más tarde y es sustituido por Alakem. Este era combatido por Abdallah y Soliman sus tíos, que no admitían que su sobrino mandara. Para hacerle la guerra sin cuartel y destronarlo, el uno se fué a buscar

berberes y el otro vino a Aix-la-Chapelle a pactar con Carlomagno y solicitar su ayuda para combatir a Alakem. Gracias a esta disidencia surgida entre familia mora pudo Carlomagno ejecutar su plan carolingiano, marcando con ello la decadencia del imperio árabe. El enviado de Abdallah fué Zado, «wali» de Barcelona.

Según estas crónicas se deduce que «wali» es palabra árabe equivalente a Comandante en Jefe.

3a. A un lector se le ha ocurrido preguntar nada menos que si la mentira ha de ser considerada por el anarquista como un acto inmoral.

Respuesta. — Confesamos que hay preguntas muy escabrosas para poder responder categóricamente con un sí o con un no, cosa que por otra parte es lo que esperan la mayoría de los que escriben.

Una explicación larga resulta un poco fastidiosa, principalmente para los que no tienen la paciencia del examen profundo, más en estos tiempos en que, a fuerza de haber progresado mucho para todas las cosas, no se tiene tiempo para ninguna.

Daremos una opinión particular sin que ello quiera decir que haya de arrastrar una responsabilidad absoluta e inamovible. Declaramos que preferimos una verdad a todas las mentiras juntas, pues entre todas éstas no valen tanto como aquella. No obstante, hay momentos en que una mentira hace sublime al que la dice y bien abyecto sería si dijera la verdad.

Hay quien dice que, sea cual fuere la circunstancia en que te encuentres no se debe mentir. O se dice la verdad o se calla. Aun al precio de lo que sea. Esta doctrina se fundamenta en el hecho de considerar a la mentira como una obra intrínsecamente ruin y moral. Nosotros no vamos tan lejos, a pesar de nuestra afirmación. Para nosotros el valor de la mentira o de la verdad dependerá de las consecuencias humanas, científicas, físicas o morales que de ellas dimanen. La verdad es una virtud, pero reconozcamos que en muchas ocasiones, la mentira, además de una virtud, es un acto heroico. Cuando se trata de salvar a alguien de un verdugo, la mentira es sublime.

En fin, la mentira como la verdad, el bien como el mal son conceptos que no pueden calificarse más que con relación a las consecuencias que recaen sobre el hombre.

Acaso, si esta respuesta nuestra no satisface, invitamos a nuestros colaboradores a que traten el tema extensamente en uno o varios artículos.

# MICROCULTURA

127. — Una isba es una casa de madera de los campesinos rusos.

128. — William Hogarth (1697-1764) fué el pintor inglés que creó la caricatura moral.

129. — A los que son víctimas de proyectos demasiado ambiciosos, se les compara con Icaro, hijo de Dédalo, quien se acercó demasiado al sol con unas alas pegadas con cera y cayó al mar.

131. — Los pintores que usaron por primera vez aceite para mezclar colores, fueron los hermanos belgas Van Eyck, pintores flamencos de los siglos XIV y XV.

132. — Los judíos llaman al fantasma Dios con el nombre de «Adonai».

133. — Siderurgia es el arte de extraer el hierro y de trabajarlo.

134. — Calígula, tirano romano que reinó del año 37 al 41 A. C., es el que hizo traer a Roma desde Egipto, el obelisco que hoy está en la plaza de San Pedro.

135. — La obra en la que Copérnico estableció su famoso sistema, se llamaba «His de revolutionibus orbium» (La revolución de los mundos celestes).

136. — Koyter, en 1570 fundó la anatomía comparada. Otros se la atribuyen a Jorge Cuvier.

137. — La doble circulación de la sangre fué descubierta por Guillermo Harvey, médico inglés, en 1619.

138. — Caractato (Caraetacus) fué un rebelde bretón, que defendió a su pueblo contra los lugartenientes de Claudio.

139. — «El Discurso del Método» fué escrito por Renato Descartes, filósofo, físico y geómetra francés (1596-1650).

140. — Los anillos y satélites de Saturno fueron descritos por Cristián Huyghens, físico, astrónomo y geómetra holandés (1629-1695).

141. — Armenia está dividida entre la Unión Soviética y Rusia.

142. — La teoría de la dispersión de la luz, fué establecida por Isaac Newton, matemático, físico, astrónomo y filósofo inglés (1624-1727).

143. — Diego Alvarez Correa, fué un aventurero Gallego del siglo XV, que vivió entre los indios del Brasil, quienes lo llamaron «Caramuru».

144. — La primera memoria sobre el elefante fósil fué escrita por Jorge Cuvier, naturalista francés (1769-1832).

145. — El telégrafo electromagnético fué inventado por Samuel B. Morse, físico norteamericano (1791-1872).

146. — En 1936 el buque inglés Queen Mary (Reina María en inglés) atravesó el Atlántico norte en 4 días y 27 minutos.

148. — Fierabrás es un gigante que figura en los libros de caballerías.

149. — La famosa «Biblia Poliglota» de Alcalá, fué editada por Antonio Lebrija, célebre gramático español de los siglos XV y XVI.

150. — Se llama terreno de aluvión, al terreno que queda al descubierto después de una avenida o inundación.

151. — «Cain mató a Abel» con una quijada de jumento.

152. — La Cloaca Máxima era la mayor alcantarilla de Roma, que iba del Foro al Tiber.

154. — El puente de Alcántara está en Toledo, España.

155. — Una bayadera es una bailarina y cantora india.

156. — Los onubenses son los habitantes de Huelva, provincia andaluza de España.

157. — La amada de Leandro en la mitología griega era Hero, que murió cruzando a nado el Helesponto.

158. — Los protestantes del siglo XVI en Francia eran conocidos por «hugonotes».

159. — Ramón del Valle Inclán fué quien escribió las «Sonatas» en la literatura española.

160. — El Graff Zepelin, en 1928, fué el dirigible que llevó a cabo el primer vuelo comercial trasatlántico.

161. — Es natural tiritar cuando hace frío; por medio de ese recurso el cuerpo adquiere calor a través del ejercicio.

172. — Un nuevo record de velocidad estableció el gran buque francés Normandie (que fué destruido por un incendio en el puerto de Nueva York) al atravesar el Atlántico norte en 1937 tan sólo en 4 días y 6 minutos.

163. — La producción de té en la India supera a los 300 millones de kilos al año.

164. — La vajilla de material plástico puede no ser igual en belleza a la de porcelana, pero es menos quebradiza y hace menos ruido al ser manipulada.

165. — En los tubos catódicos que se usan en televisión se emplea níquel puro.

166. — Hasta ahora la mejor cura para un resfriado consiste en quedarse en cama.

167. — El radar puede ser empleado para descubrir cálculos biliares.

168. — La lluvia tiene muy poco efecto para calmar un mar tormentoso.

169. — Las hélices más modernas usadas en los aviones tienen paletas cuyo grado de inclinación puede ser cambiado por el piloto de acuerdo con las necesidades del vuelo y puede ser invertido para marcha reducida en tierra.

170. — Inglaterra es a veces invadida por insectos nocivos trasportados por las corrientes de aire que llegan del continente europeo a través del mar del Norte.

171. — Una substancia química de un hermoso color verde se halla oculta en los glóbulos blancos de la sangre.

172. — Una persona tuberculosa debe comer cerca de un tercio más que otra normal del mismo físico.

173. — También el Queen Mary (el barco más grande del mundo) batió su propio record de velocidad en travesía atlántica. En 1938 hizo el cruce en 3 días, 20 horas y 42 minutos.

174. — Fray Agustín de Coruña, dominico español, siguiendo el ejemplo de Bartolomé de Las Casas, enfrentándose a la Iglesia, combatió la esclavitud de los indios en el siglo XVI.

175. — Un «bargueño» es un mueble de madera con muchos cajoncitos y gavetas, adornado con labores de talla o de taracea.

176. — Un «quinquerreme» era antiguamente una galera de cinco filas de remos.

177. — La expresión «a más moros más ganancia» significa que cuanto mayor es la dificultad, mayor es la gloria del triunfo.

177. — Ramón de Campoamor, el gran poeta español (1817-1901), fué quien escribió estos versos: «Uno altivo, otro sin ley; / así dos hablando están: / Yo soy Alejandro el Rey. Y yo, Diógenes el Can».

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Las dos grandezas

Uno altivo, otro sin ley,  
así dos hablando están:  
— Yo soy Alejandro, el rey,  
— Y yo Diógenes, el can.  
— Vengo a hacerte más honrada  
tu vida de caracol.  
— ¿Qué quieres de mí? yo, nada,  
que no me quites el sol.  
— Mi poder es asombroso.  
— Pero a mí nada me asombra.  
— Yo puedo hacerte dichoso.  
— Lo sé, no haciéndome sombra.  
— Tendrás riquezas sin tasa,  
un palacio y un dosel.  
— ¿Y para qué quiero casa  
más grande que este tonel?  
— Mantos reales gastarás  
de oro y seda. — Nada, nada,  
¿no ves que me abriga más  
esta capa remendada?  
— Ricos manjares devoro  
— Yo con pan duro me allano.  
— Bebo el chipré en copas de oro.  
— Yo bebo el agua en la mano.  
— Mandaré cuanto tú mandes.  
— ¡Vanidad de cosas vanas!  
¿Y a unas miserias tan grandes  
les llamas dichas humanas?  
— Mi poder a cuantos gimen  
va en gloria a socorrer.

— ¡La gloria!, capa del crimen,  
crimen sin capa el poder.  
— Toda la tierra, iracundo,  
tengo postrada ante mí,  
.. ¿Y eres el dueño del mundo  
no siendo dueño de ti?  
— Yo sé que, del orbe dueño,  
seré en el mundo dichoso.  
— Yo sé que tu último sueño  
será tu primer reposo.  
— Yo impongo a mí arbitrio.  
— ¿Tanto de injusto blasonas?  
— Llevo vencidos cien reyes.  
— ¡Buen bandido de coronas!  
— Vivir podré aborrecido,  
mas nunca moriré olvidado.  
— Viviré desconocido  
mas nunca moriré odiado.  
— Adiós, pues romper no puedo  
de tu cinismo el crisol.  
— Adiós, ¡Cuán dichoso quedo,  
pues no me quitas el sol!  
(Y al partir, con mucho agravio,  
uno altivo, otro implacable.  
— ¡Miserable! dice el sabio.  
Y el rey dice: ¡Miserable!

Ramón de Campoamor

(Nacido en 1817, muerto en 1901.)

Advertimos a nuestros lectores que en  
época de Diógenes, Franco aún no había  
nacido. — (N.D.L.R.)

«... De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas de muy mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dinero de éste, el poco favor del otro y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto

que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se pueda hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores condiciones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto más, señores guardias — añadió Don Quijote — que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado... No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres... Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.»

(«DON QUIJOTE»), cap. XXIII)